

II Certamen de relatos Cuenta con la discapacidad



CēRMi
■ La Rioja

COMITÉ AUTONÓMICO
DE ENTIDADES
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD

II Certamen de Relatos

“Cuenta con la discapacidad”

siníndice
EDITORIAL

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de Editorial Siníndice y/o de los autores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su distribución, comunicación pública o transformación.

Primera edición: 2021

Del texto: © Sus autores, 2021

Reservados todos los derechos de esta edición para:

Editorial Siníndice

C/ Marqués de Murrieta, 37, Entr. Dcha.

26005 Logroño (La Rioja). España

www.sinindice.es

info@sinindice.es

ISBN: 978-84-15924-88-8

Depósito legal: LR-747-2021

Impreso en España

**Acta del jurado del II Certamen de Relatos
“Cuenta con la discapacidad”,
convocado por el
Excmo. Ayuntamiento de Logroño y CERMI La Rioja**

El jurado conformado por

D. Iván Reinares López. Ayuntamiento de Logroño
D.^a Manuela Muro Ramos. CERMI - La Rioja
D. Andrés Pascual Carrillo de Albornoz. Escritor
D.^a María Esther Felipe Alcalde. Biblioteca Municipal Rafael Azcona
D.^a Carmen Urquía Almazán. Ayuntamiento de Logroño
D. Diego Iturriaga Barco. Instituto de Estudios Riojanos

acordó otorgar los siguientes premios:

**Primer Premio, dotado con 700 €, al relato “Volando alto”,
de M.^a Carmen González López.**

**Segundo Premio, dotado con 400 €, al relato “El Alma Callada”,
de José Matías Argumánéz Nieto.**

**Tercer Premio, dotado con 200 €, al relato “Talentos lejanos”,
de Nuria García González.**

En Logroño (La Rioja), a 10 de diciembre de 2020

II Certamen de Relatos

“Cuenta con la discapacidad”

Primer premio

Volando alto

M.^a Carmen González López

El niño volaba alto, muy alto; tanto como lo hacía el aro que lanzaba por los aires. Ya no tenía que salir corriendo tras él cuando éste desviaba su trayectoria y decidía aterrizar lejos: ahí estaban Los Niños Perdidos para acercárselo sonriendo. Se acabaron sus vuelos en solitario durante los interminables recreos de su anterior colegio, ahora compartía con sus amigos y amigas, todas y cada una de sus acrobacias en el aire.

Mamá

El agua cae mansamente pero sin pausa. Las finas gotas de lluvia le impiden volar con seguridad y el trayecto está siendo demasiado largo esta vez. Se nota cansado. Lo único que desea es que se abra la puerta y salir a abrazar a mamá; así que lo mejor será descender, buscar resguardo lo más cerca posible y esperar.

—Buenos días —saluda la mujer con la voz entrecortada por la rabia—. Acabo de pasar por el enrejado que da al patio y, aunque ha terminado la hora del recreo, he visto a mi hijo jugando con un aro. Está lloviendo; mi niño está solo, sin supervisión de ningún adulto y mojándose.

—Tranquila, señora —responde el conserje del colegio—. Seguramente se habrá salido de la clase sin que la profesora se dé cuenta...

—Ese, precisamente, es el problema: que prefieren no darse cuenta —interrumpe—. Le agradecería que me trajera a mi hijo y que avisara a la profesora para que me explique qué ha pasado.

La mujer da vueltas por el gran *hall* de entrada con paso nervioso. Las losas, perfectamente brillantes, se ven ahora embarradas por las pisadas de sus zapatos; tanto como lo está la reputación de esa gran institución donde todos le recomendaron que inscribiera a su hijo.

“Mamá”, oye a Juan Ramón decir con su hablar autómeta. El director y el portero le acompañan. Tiene el pelo mojado, aunque se nota que han intentado secárselo y después lo han peinado lo mejor que han podido. Trae en la mano la chaqueta del chándal del uniforme: por lo menos el polo que llevaba debajo está seco. Peor suerte han corrido los pantalones y los zapatos de deporte que, como ya preveía, están chorreando; lo primero en lo que Pilar piensa es que ojalá no le hayan calado y tenga los pies secos.

—Le pido disculpas —le dice el director con su tono neutral—. La profesora pensaba que estaba con la logopeda y no nos dimos cuenta de que se había ido al patio. Ha sido una lamentable confusión, lo siento.

—Ya, cómo no: una confusión. No ha podido ser otra cosa. Pero lo cierto es que mi niño está mojado. Me voy a casa a cambiarlo de ropa, eso es lo único que ahora me importa.

—Claro —logra balbucir el hombre con semblante serio—. Le pido disculpas nuevamente.

—Vamos, Juan Ramón, vamos a casa. ¿Tienes frío, cariño?

—Juan Ramón está mojado —contesta el crío mirando a su madre por un segundo.

“Hasta mañana”, se despide Pilar mirando de soslayo a los dos hombres de piedra que la observan sin pestañear. Madre e hijo se marchan.

No hay mejor refugio que los brazos de mamá. Sigue lloviendo, pero el agua ya no moja: ella me protege. Caminar no es como volar, sin embargo, de su mano los pies no pesan y el recorrido se hace más corto. Su voz alegra el corazón y acompaña los pensamientos. Ella entiende. Ella sabe. Ella tiene el pelo suave y huele bien. Ella alivia el dolor. Con ella se está mejor que con nadie.

Afuera está oscuro. Las luces de las farolas se encendieron hace pocos minutos, y los párpados pesan.

—Pan, Pan...

—Está bien, Juan Ramón, es verdad: es la hora del cuento. Vamos a dejar ya la *tablet*, que ahora toca escuchar.

—En la cama, cuento en la cama.

—Claro que sí. Venga, vamos, yo te acurruco y me siento a tu lado. Había una vez un niño que se llamaba Peter Pan. Tenía los ojos verdes, como tú, y muchas ganas de jugar y pasarlo bien. Pero lo que más le gustaba era volar...

—Alto, alto, Pan vuela alto.

—Sí, muy, muy alto. También disfrutaba luchando junto a sus amigos contra el Capitán Garfio. Y, ¿sabes por qué lo hacía? Porque él quería robarles su alegría.

—Tic, tac, tic, tac...—murmura el crío.

—Pero Garfio era muy miedica, y cada vez que escuchaba “tic, tac, tic, tac” salía corriendo, porque pensaba que un cocodrilo venía a por él. El mismo que se comió su mano derecha, en la que llevaba un precioso reloj que hacía “tic, tac, tic, tac”. Y, además, Garfio era muy gruñón: cuando Peter Pan y sus amigos le gastaban bromas, el Capitán se enfadaba mucho. Pan salía volando y, como Garfio siempre estaba mosqueado y tenía sentimientos feos, no conseguía volar y nunca lograba

atraparlo. Porque ya sabes que son los pensamientos alegres los que hacen volar.

—Pan volaba alto... —añade el crío con la lengua trabada por el cansancio.

—Y, colorín colorete, por la chimenea ¡sale un cohete! Ahora tienes que cerrar los ojos y soñar cosas bonitas —susurra la mujer mientras acaricia el pelo de su hijo—. Buenas noches, Juan Ramón.

El niño ya casi está dormido. La *tablet*, apagada, reposa a su lado. El olor a jabón de las sábanas recién cambiadas envuelve el momento.

—Cuánto daría por estar dentro de tus pensamientos, aunque solo fuera un día, y asegurarme de que lo estoy haciendo bien, que consigo que seas feliz. Siempre tengo miedo. Ahora mi nuevo temor es que el cambio que hemos decidido no te afecte demasiado. No sé cómo te irá en este nuevo colegio. El director ha hablado conmigo y me ha transmitido serenidad. Ojalá no vuelva a equivocarme. Espero que ningún Capitán Garfio entorpezca tu vuelo, y que encuentres, por fin, a los Niños Perdidos que te hagan sentir que estás donde debes estar. Yo siempre te esperaré en la puerta. En El País de Nunca Jamás no debes quedarte más tiempo del necesario, o me olvidarás. Te quiero.

El País de Nunca Jamás

—Juan Ramón no es el único niño con necesidades especiales que tenemos en el colegio, Pilar. Para nosotros es una lucha continua con administraciones cuya primera respuesta es “no”, y que continúa con un “tú puedes” a nuestros profesores cuando solicitamos ayuda.

–Yo les ayudaré en lo que pueda, Cándido. Tenemos que intentar solucionar esto.

Una música melódica inunda la planta alta del colegio. Sus antiguas paredes guardan, entre muchas capas de pintura, las risas de miles de chiquillos y chiquillas que vivieron parte de su infancia allí.

–Ya sabes de los recortes y de las carencias de la educación, Pilar. Solo contamos con el apoyo de una profesora durante dos horas, nuestra psicopedagoga también nos ayuda y, entre todos, lo sacamos para adelante. Pero no es así como debe ser.

Los niños perdidos

El volumen de la música suena demasiado alto al principio. Por suerte mamá lo coge de la mano. Allí hay muchos niños y niñas; también hay globos. Los globos suben hasta perderse en el cielo, todos menos uno de color rojo, que se queda enganchado en un árbol. Los demás vuelan. En el patio nuevo hay juguetes, muchos juguetes. Mamá está a su lado. Ella también ríe. El cielo está lleno de globos de colores. Se van. Ya no están.

Juan Ramón no quiere sentarse. Prefiere curiosear por la clase mientras sus compañeros le observan, sonriendo. También a ellos les gustaría hacer lo mismo que hace él, pero no deben. El “niño nuevo” tiene unos grandes ojos verdes que miran todo sin detenerse demasiado en nada. Parece bueno, y tiene algo que les resulta divertido. Quizá sea que las normas son menos estrictas para él y esto hace que la clase sea menos monótona. Definitivamente, les gusta que Juan Ramón esté con ellos.

–A ver, por favor, escuchadme. Él es vuestro nuevo compañero, Juan Ramón, y es autista. Como veis no es nada extraño,

es un niño como vosotros, solo que un poco especial. Mejor dicho, es muy especial, tanto que este año vamos a aprender muchas cosas con él, y debemos ayudarle a que él también las aprenda. Quizá necesitemos un poco de paciencia, porque no siempre le apetecerá hacernos caso o callarse, pero seguro que vamos a disfrutar de cada segundo que pasemos juntos —la profesora sonríe mientras se acerca al niño y lo coge de la mano—. Cuando terminéis la tarea, si queréis, podéis sentaros con él y, si lo necesita y está de acuerdo, podéis ayudarle con sus ejercicios, ¿os parece?

Mamá se fue, pero ella espera en la puerta. Siempre lo hace. Esa niña que está sentada enfrente tiene el pelo largo y negro. Seguro que está suave, como el de mamá. El niño que está a su lado lleva gafas de color azul, me gustan sus gafas. Hay una pizarra y una pantalla grande. Me gustan las pantallas. Se oye música, pero es suave, no molesta. No hay ruidos. La puerta está abierta, puedo salir. Todos me miran y parecen contentos. Saben que estoy aquí. Me quedaré con ellos.

Suena el timbre: es la hora del recreo. Las escaleras se hacen menos pesadas al bajarlas para llegar al patio. Los bocadoillos del desayuno colman de aromas de mediodía los pasillos, y las voces alegres de los niños y niñas anuncian media hora de charlas y juegos.

—Muchos juguetes, muchos juguetes...

El niño se dirige al patio de Infantil, donde hay casitas, toboganes y motos pequeñas; no es ese su lugar y sus compañeros, atentos, se le acercan para guiarlo.

—¡Hola, Juan Ramón! Soy María, ella es Laura y él Álvaro. ¿Quieres que juguemos juntos?

–Tráele un aro de los de Educación Física, María, por favor –pide la profesora–. Le gusta jugar con ellos. Nosotros, mientras, le acompañaremos al patio grande.

–Aro, aro, volar...

–¿Quieres hacerlo volar? –le pregunta Laura mientras esperan a que María vuelva–. Está bien, entonces solo tienes que lanzarlo hacia arriba, lo más que puedas.

–Volar, alto, muy alto... Pan, Pan, Niños Perdidos...

–¿Quieres que juguemos a eso? Está bien, tú serás Peter Pan y nosotros Los Niños Perdidos.

El patio es muy grande. Por allí llega María. La chiquilla trae el aro y, brindándole su mejor sonrisa, se lo da. Juan Ramón comienza a impulsarlo con tanta fuerza que éste parece haber cobrado vida. María, Laura y Álvaro lo miran, sorprendidos. Nunca hubieran pensado que supiera hacerlo tan bien. El aro vuela dando vueltas y haciendo brotar la risa del niño. Otros niños y niñas se acercan. A todos les gustaría ser el aro y sentirse flotar en el aire. Quizá si cierran los ojos... Sí, mucho mejor así. Luego comienzan a dar vueltas corriendo alrededor de su nuevo amigo. Despliegan sus brazos, sintiendo la fuerza de la magia en ellos. Notan que sus pies se vuelven más ligeros y que la brisa les refresca. Ríen y gritan mientras sus corazones laten con fuerza, haciéndolos libres. Los pensamientos alegres les desbordan. Ya han llegado al País de Nunca Jamás. Peter es su Capitán y ellos sus Niños Perdidos.

Segundo premio

El Alma Callada

José Matías Argumánuez Nieto

Cuenta una leyenda armenia que cuando Dios creó a los hombres los concibió sin alma. Narra también esa vieja historia que después alumbró a las almas, pero a éstas no las dotó de cuerpo. El Creador observó que aunque individualmente ambos eran incompletos, juntos podrían mejorarse, y ordenó a las almas que penetrasen en los cuerpos de los mortales para mejorar su obra. Cuando las almas conocieron el dictamen de Dios se sobrecogieron, la idea de ser parte de los hombres las espantó y se negaron a introducirse en un sitio tan oscuro como eran las personas. Entonces el Ser Supremo creó la música y la entregó a los hombres como argumento mediante el cual, gentes y almas pudiesen comunicarse. De ese modo los espíritus, atraídos por las tonalidades fueron seducidos aceptando ser unidad con los hombres. Desde entonces se cuenta que cuando una persona prescinde de la música, su alma abandona el cuerpo debido a la pérdida de comunión con su hábitat.

Aquel Dios, sin embargo, creador de almas, hombres y músicas, tuvo un descuido en la entrega de éstas: las desplegó con tanta fuerza y solemnidad ante las personas que algunos oídos aún débiles fueron dañados y perdieron la capacidad para poderla oír.

Amadeo fue uno de esos niños. Buscando métodos que le llevasen a poder desarrollar sus capacidades auditivas había leído que Beethoven mandó cortar las patas a su piano cuando ya casi había perdido el oído, convencido de que las vibraciones

de su instrumento a través del suelo se filtrarían por sus terminaciones nerviosas hasta su corazón, y de ahí pasarían al alma creando un vínculo.

Para el muchacho, el compositor alemán era el ejemplo de quien viéndose amenazado, llegó a componer con tal pasión que creó un tiempo nuevo donde la música asumió con responsabilidad la exploración de las sensibilidades más recónditas. Creyó firmemente que una vez llegadas las emociones al corazón se fundirían en hálitos de esperanza para volver a salir hacia fuera en forma de lágrimas de frenesí en un flujo sinfín.

Pero pronto descubrió cómo la sociedad comenzó a tratarle como a un ser mermado del cual era lícito hacer mofa:

—¿Qué hace ese imbécil pegando la oreja a las paredes? —le increpaban los muchachos.

La moqueta del auditorio no conducía las resonancias acústicas del modo en que lo hacía la madera limpia de barniz o el metal decapado, pero él se las arreglaba para situarse en un lugar que le aportase esa pavesa de la magia que anhelaba, mientras que absorto en su intención no prestaba cuidado a los mozalbetes que se burlaban de él:

—¡Mirad, ahí está el pegao! ¡Cómprate una trompetilla!

Pese a todo seguía posando su oreja allí por donde presumía que la música transitaría. Amadeo creía en los milagros, de hecho, la música era para él un prodigio y Elisa, su profesora, era el cordón umbilical que le unía al resto del mundo enseñándole el lenguaje de signos y a través de ellos las notas musicales:

—El puño cerrado mostrando los dedos es Fa, un círculo formado con los dedos índice y el pulgar, Do...

Amadeo asentía e intentaba diferenciar las oscilaciones gra-

ves de las ondas agudas a través de sus yemas colocadas sobre un xilófono, para desde ahí discernir un mundo de notas y semitonos que le entregasen una escala completa con la que acceder a la entrevista con la esencia que temía perder.

Los padres del chico le reprochaban su afición por el contacto con las paredes. Sin embargo a él le fascinaba el hecho en sí de la búsqueda, intuyendo que lo que hace interesante el viaje es el camino. Y conectando el tocadiscos al máximo volumen se tendía boca abajo sobre el suelo y sonreía cuando algunas resonancias penetraban por sus antebrazos.

Sus progenitores, frecuentemente desesperados por el sonido se marchaban al bar donde se desahogaban en esa cultura del botellín en que se solucionan problemas domésticos y asuntos de Estado... Entretanto los críos de la calle se apostillaban frente a su casa para reírse:

—¡Baja la música pegao, que te vas a quedar sordo!

Y con toda la perversidad posible arrojaban piedras por su ventana chillando:

—¡Pégate ésta a la oreja, pegao!

El cainismo le había convertido en el tonto del pueblo cuando él siquiera sabía que optase a tal “honor”. Su imagen a los pies del quiosco donde tocaba la banda municipal formaba parte de los conciertos dominicales. Además de su ya de por sí singular problema, sus pantalones pesqueros, el jersey descolorido y las botas katiuskas le convertían en la diana que toda sociedad sin ética precisa para no verse a sí misma condenada a la autocrítica. No obstante Amadeo se sentía radiante cuando adhería sus orejillas a un pilar desnudo del templete que elevaba a la banda.

Se emocionaba sabiendo que estaba agarrado al hilo que le mantenía en contacto con su pasión y con su espíritu, al tiempo que el director de la orquesta preguntaba irónicamente al respetable mientras apuntaba con una sonrisa sardónica a Amadeo:

—¿Se escucha bien por ahí abajo?

Amadeo, ajeno a la malicia, esperaba la siguiente pieza. Luego volvía solo a casa pues debido a que no oía, nadie se molestaba en departir con él, y no teniendo con quien comunicarse, aquella república del chiste fácil dedujo que además de sordo era mudo. Y los chanceros volvían a hacer de él el objetivo de sus bufonadas:

—¡Ten cuidado pegao, que te va a pillar un coche! ¿No ves que te están pitando? ¿Puedes leerme los labios, pegao? ¡Que no ves tres en un burro!

De esta guisa el niño iba haciendo acopio de discapacidades: sordo, mudo, ciego, necio... A su pesar les sonreía, les alzaba la mano en señal de agradecimiento... Y a su ya conocida buena cara le seguía un bocado en la lengua, mezcla de rabia e impotencia que hacía crecer el dique que contenía todo el amor que era capaz de dar. Inconformista, Amadeo seguía preguntando a sus adentros si no pudiendo escuchar música podría llegar a perder su alma. Las clases con Elisa, su educadora, consistían básicamente en el ejercicio continuado del lenguaje de signos. Algunos instrumentos vibrantes y los dedos de los dos en sendas nueces eran su material didáctico. Palabras a través de globos de colores iban y venían de boca a oído convirtiendo el aula en una fiesta cromática de sigilos. Los ojos de Amadeo se expandían cuando se fijaba en su instructora, no perdía detalle de sus manos ni de sus labios. Los ojos al cielo buscaban el

gesto que arrancase la conversación dactilar y al instante sus manos comenzaban a bailar atrapando al vuelo las palabras que jamás pasarían por sus labios.

Un día lluvioso al finalizar la clase, mientras se ponía la trenca preguntó a Elisa:

—¿Podría Dios enfadarse y quitarme el alma por no poder escuchar la música?

—¡Seguro que no! Dios no puede quitarte lo que eres. ¿De dónde has sacado esa idea?

—De un viejo cuento armenio.

—¡Qué tontería! Olvídalo y piensa en las virtudes que tiene el silencio; te envidio, vives en un remanso de paz. Para mí los sordos sois la pureza, y tú eres la élite de los no contaminados por el vocabulario.

—Pues tú eres mi bailarina “cazapalabras”.

—Gracias, eso es muy bonito.

—¿Sabes, Elisa? Por poder oír música pagaría el precio de tener que soportar el ruido de las pistolas.

—No te pongas triste chiquitín, la música se lleva dentro.

—Sí, pero no sé cómo es por fuera, sólo percibo el ritmo.

—Eso ya es el cincuenta por ciento. Te voy a contar otra leyenda.

—Vale, te escucho... o no.

—Hace tiempo en la India había seis sabios ciegos. Un día se preguntaron cómo sería un elefante. Así decidieron que por la noche, cuando éstos estuviesen dormidos, irían a averiguarlo. Un plan sencillo: cada uno de ellos le cogería por un sitio, le examinarían y después determinarían cuál era la forma de la

bestia. El primero le cogió por la cola, el segundo se abrazó a una pata, el tercero se colgó de uno de los colmillos, el cuarto hizo lo propio de una oreja, el quinto sabio atrapó al paquidermo de la trompa y el último le palpó la barriga. Al día siguiente expusieron sus conclusiones. El que le cogió por la cola dijo: es como una pequeña serpiente. El que le había abrazado por una pata alegó: es como una columna. El que estuvo colgado de un colmillo apostilló: es como un gran sable. El que había examinado la oreja sentenció que era como una manta. El que hubo estado en la trompa secundó al primero pero no estuvo de acuerdo en el tamaño de la serpiente, asegurando que era como una enorme boa. Y el que exploró la barriga concluyó: es como un enorme tonel.

—Te entiendo, no debo dejarme llevar por el primer impulso sin que yo haya comprobado por mí mismo todas las partes que la componen. ¿Pero cómo voy a descubrir los colores de la sinfonía si no los puedo distinguir?

—Sencillo: suma al ritmo, que ya es la mitad, el hecho de que hay una nota común a todos, a los que oímos y a los que no oís. Así que ya posees más de la mitad de la música entre el ritmo y esa nota.

—¿Cuál nota?

—El silencio.

—No te burles...

—No lo hago. Fíjate bien: los silencios se escriben en la partitura como cualquier otra nota; ellos dan coherencia al fraseo además de ser vitales para respirar, si cantas o soplas un instrumento de viento.

—¡Es verdad!

–Ojalá yo hubiese perdido el oído antes de escuchar falsas promesas.

Amadeo escuchaba lo que ningún oído oía, había desarrollado sentidos que le permitían empatizar con naturalidad; supo que Elisa estaba triste.

–¿Qué te pasa?

–Cosas de mayores, cuando tengas pareja lo entenderás.

–Ya. ¿Tu novio te ha dejado? ¡Si quieres yo puedo ser tu novio!

–Y ahora me dirás que tú no me abandonarías nunca, ¿no?

–Pues claro, porque te necesito, tú eres lo que más deseo.

–¿Y qué es eso que tú deseas, renacuajo?

–Una canción, un amigo... un alma.

–Tú ya tienes eso y mucho más; no me necesitas.

–No tengo a quien unir mi silencio. Contigo mi alma está a salvo.

–Eres un sol Amadeo, debería esperar a que seas mayor de edad.

–También podrías volver tú a ser niña.

–Tendría que olvidar lo que soy y lo que sé, que es lo que te enseño.

–Hasta el olvido tiene sus propios recuerdos.

–Eres encantador. Anda, ven a darme un abrazo.

La maestra le rodeó por detrás. Cuando el pecho de Elisa oprimió la espalda de Amadeo comenzó a canturrearle una balada a la vez que hacía de sus hombros un piano imaginario. Entretanto la melodía que transitaba resonando por los cuerpos estrechados, arrancó a la mujer una lágrima que se deslizó

surcando el pómulo a la velocidad de un adagio hasta su mejilla, y desde ahí se descolgó para besar el carrillo de Amadeo, quien al advertir la humedad del llanto afirmó:

—Para Elisa.

—¡Qué has dicho! —exclamó Elisa estremecida.

—He dicho, Para Elisa. Lo que estás tarareando es la sonata Para Elisa, de Beethoven.

—Sí.

Tercer premio

Talentos lejanos

Nuria García González

19:30 horas. Los Ángeles (Estados Unidos)

Bryan Hatchet tiene sonrisa de niño travieso pese a que la cicatriz que le cruza una mejilla –vestigio de una riña adolescente– le hace parecer algo bronco. Abre una lata de cerveza, da un largo trago y la espuma se queda bailando en su barba pelirroja hasta acabar mojando su abultado vientre. Otra jornada de trabajo toca a su fin. En la radio suena una legendaria canción de Credence Clearwater Revival que le invita a canturrear con su voz rasgada: “Have you ever seen the rain?”. Sorbe su cerveza mientras observa en su teléfono móvil varias fotos de su última creación marcada en el antebrazo de una joven: una amazona a lomos de una Harley Davidson clásica del año 1985, idéntica a la suya, su adorada “Lola”, la que se convirtió en su verdugo hace ya más de 20 años.

“Te has superado, Bry. El lunes rematamos”, comenta su socio Bob realizando las pertinentes labores de limpieza y desinfección del material de taller antes de echar el cierre de Wolfmother Tatoos. Bob apaga las luces del local y empuja la silla de ruedas de Bryan hacia la tarde ventosa. “¿Hace una birra en el Virgins? No olvides, socio, que mañana por la mañana es el día, así que ponte elegante”. Bryan suelta una risotada, chasquea la lengua y se cala su gorra de confederado: “Tú y sus misterios, Bobby...”. Las tachuelas de sus solapas relucen con *glamour* por una calle de Culver City.

12:00 horas. Amman (Jordania)

“Doctora El Hadhi, doctora El Hadhi, acuda a planta de Traumatología”. La megafonía del Queen Rania for Children Hospital la reclama. Sara sube con brío los peldaños hasta alcanzar el vestíbulo principal de Traumatología decorado con una maqueta curiosa: envases de yogur, cucharillas de plástico, botones, tapones de rosca, bobinas de hilo, canicas de vidrio, palillos de madera, muñecos viejos sin ojos ni brazos... una inmensa ciudad reproducida con todo lujo de detalles. “Una obra de arte”, admiran los médicos residentes, los padres y los pacientes, todos rendidos a esa metrópolis en miniatura que una mano inocente infantil ha ido montando con mucho tiempo y paciencia.

Los padres de Iman se levantan de sus asientos cuando aparece la doctora. Algo sumisos y expectantes reciben la mano tendida de Sara El Hadhi en señal de bienvenida. Intercambian unas frases sobre la evolución de la pequeña Iman. Ellos acusan en sus rostros el desgaste causado por una guerra que se antoja eterna en su país, Siria. “¿Y dice que esto podría ser arte?”, el padre de Iman señala la maqueta con un dedo. La doctora orgullosa asiente mientras Iman, de tan solo 10 años, acaba de salir de una consulta con dos muletas acompañada de una enfermera. “¡He aquí la gran artista!” exclama la doctora abrazando a la niña. La metralla en Aleppo se alojó en su fémur, impactó como un meteorito contra su rodilla haciendo estragos rótula y tendones. No ha perdido la pierna gracias al equipo jordano que la ha intervenido. Ya son tres operaciones, posiblemente no sean las últimas de su corta vida, pero Iman está viva, “alabado sea Alá”, como dicen sus padres, ya que otros muchos niños sirios no han tenido tanta suerte. Iman

es risueña y valiente por naturaleza pero nada volverá a ser lo mismo cuando consiga reanudar su ritmo de vida. “Mañana es la cita”, advierte la atractiva doctora: “Les veo en mi despacho, y no hará falta ponerla guapa porque ella ya tiene la belleza natural que Dios le ha dado”. Tiende afable su mano a los padres de Iman y sonrío cómplice a la niña.

19:00 horas. Heidelberg (Alemania)

La noche se cierne junto al Rhin mientras un grupo de profesores y alumnos de la Universidad Ruprecht-Karl levantan una copa de vino Riesling. Manfred Helfrich se jubila tras una larga trayectoria como principal bibliotecario de la Facultad de Derecho. “Prost!” todos a una brindan alargando sus copas hacia la figura de Manfred, tímido, discreto y con el rostro enrojecido de agradecimiento. “Venga, Freddy, brinda con nosotros, que para eso es tu día”. La bandeja de chucrut y salchichas asadas llegan de la mano de una exuberante camarera con traje típico que, además, obsequia con una rosa al veterano bibliotecario. Su mujer, inseparable a su lado, acomoda la bandeja para que todos los comensales se puedan servir los manjares que humean sobre la fuente. En la mesa maciza de madera, bien visible, descansa una figura modelada en arcilla que el propio Manfred, en sus ratos libres, ha estado trabajando para regalar a la prestigiosa Universidad de Heidelberg como agradecimiento tras 40 años de trayectoria. La escultura representa a un viejo profesor apoyándose en el hombro de un alumno, una de las 200 esculturas que Manfred ha ido regalando entre amigos, colegas y familiares. Un achispado Rector se dirige al homenajeado: “Mañana no te pongas una de tus ridículas pajaritas, Fred, eso déjalo para tus

íntimos”. Los demás ríen la gracia y el hermético bibliotecario se sonrojar aún más: “No sé lo que os traéis entre manos, pero mañana vestiré como lo que soy, un señor jubilado. Gracias por esta celebración a todos los que me habéis apoyado y querido todos estos años”. Manfred suena hoy muy solemne y algo cohibido, pero por nada del mundo se perdería ese Riesling que le seduce con su brillo ambarino. Desprovisto de calcetines y luciendo una fina pedicura que le ha hecho su mujer para la ocasión, los dedos de sus pies alcanzan la botella de vino y, con la misma destreza que emplea para pasar gruesos libros de Derecho por el sistema electrónico de lectura en su puesto de la biblioteca, se sirve dos dedos de vino: “¡A vuestra salud!”. Los pies, apéndices ágiles y acostumbrados a la doble faceta de actuar como pies y manos, dejan a un lado la copa de vino para atacar con cuchillo y tenedor una reluciente salchicha. Manfred Helfrich, que además es secretario de la Liga de Afectados por la Talidomida en Alemania, dice adiós a su profesión para dedicarse en cuerpo y alma a su pasión: la escultura.

14:00 horas. Utrera (España)

“Dale con ese afine, dale, chaval, que no cuadra. Ahora viene tu madre con la comida y almorzamos. Qué agotadora es la gente del espectáculo. Esta tarde se la llevan sí o sí. Y que nos paguen a tocateja, que han sido dos meses de fatigas. Cuanto más famosos se hacen, más rateros... esta farándula...”. Este que habla es Tito del Río, toda una institución en Utrera, propietario y gerente del negocio. El sobrino, que empezó de crío en el taller familiar, es el “estratega” de las guitarras, uno de los luthiers más relevantes de España, aunque su nombre propio —Jesús Vázquez del Río— siempre queda eclipsado tras la gran-

dilocuencia y las mañas de su mediático tío. Tito es exigente con Chuso aún a sabiendas que algún día esas manos callosas y ásperas de 35 años de vida no darán mucho más fruto al mundo de la artesanía cuando la enfermedad vaya minando al joven. El futuro es incierto para todo el clan familiar y las palabras de los especialistas son extrañas y difíciles de interpretar. “Eso de la esclerosis... ¿va muy deprisa?”, fue la pregunta de Chuso al médico sevillano que le prescribe un arsenal de medicamentos.

Mientras sus piernas hacen un extraño baile de camino al servicio para aliviarse la vejiga, la madre entra en el taller con las viandas. Piernas vacilantes sobre un torso amplio y unos brazos fuertes de tenista. Manos gruesas, de señor maduro, con alguna cicatriz y erosión por culpa del trabajo. “Aquí os quedáis a mesa puesta, hale. Traedme de vuelta los platos y los cubiertos, no los dejéis ahí con el pringue”, ordena la madre.

Chuso acaricia el cuerpo femenino de su última obra. “Anda, anda que esta te ha quedado niquelada. Come, que tienes que ganar moral para mañana”, apremia el tío dando cuenta del pollo en pepitoria que le han traído. El chico se sienta penosamente a una improvisada mesa, una mesa de ebanista a fin de cuentas, y exclama: “¿Qué demonios es eso de mañana, Tito?”. El tío se limpia las comisuras con un trozo de papel de estraza que le pilla a mano: “Pues eso que te comenté el otro día... tú tienes red de esa en tu casa, ¿no?”. Chuso resopla: “¡Lo que viene a ser internet, vaya!”. “Pues eso, vamos a tu casa cuando salgamos del taller y nos conectamos a la hora que te dije. Tú hazme caso”. Chuso está realmente intrigado por las maquinaciones de su tío, que parece que ha perdido la cabeza por las nuevas tecnologías de repente, o bien le quiere meter en otro de sus tinglados.

17:00 horas. Londres (Gran Bretaña)

William T. Powell arrastra una pierna maltrecha y 50 años de lucha contra las barreras arquitectónicas. En su mesa de trabajo, en un edificio del barrio de Hamsptead que da a un parque frondoso, este septuagenario ha colocado su título sobre la mesa: “Head of the Dissability & Talent Foundation”. En los años 70 abanderó, con otros jóvenes londinenses –algunos como él víctimas de la polio, de accidentes o enfermedades congénitas– una cruzada contra el ayuntamiento londinense a fin de mejorar la accesibilidad en vías y edificios públicos para las personas con movilidad reducida. William, o Bill como le llaman sus más allegados, cumplió su sueño en los 90 creando su propia fundación, una de las más activas de toda Gran Bretaña. Le sacan de sus ensoñaciones dos secos golpes de nudillo en la puerta. “Shall I, Sir?”. Bill anima a su secretaria a entrar al modesto despacho decorado con una bandera en la pared que lleva el lema: “No barriers”. Ella sirve dos tazas de té, como manda el protocolo nacional. “Es la hora” anuncia ella girando la gran pantalla hacia el sillón de Bill para que pueda ver bien.

A Bill todavía le cuesta hacerse a la aplicación especialmente instalada en tiempos del Covid, cuando las grandes reuniones y conferencias se han restringido en todo el planeta. “Vamos allá”. En la pantalla van apareciendo ventanas con rostros diferentes en distintos tiempos: un barbudo pelirrojo de pelo largo y pinta de mal encarado, una niña de pelo oscuro con ojos de largas y espesas pestañas, un hombre que supera los sesenta delgado con pinta de retraído y nariz enrojecida quizá por un inoportuno resfriado, y finalmente, un joven atractivo de pelo rapado y ojos color aceituna. “Aquí están, señor, ahora se conectan los traductores”, susurra la secretaria. Bill carras-

pea esperando la aparición de tres bustos más: un traductor de alemán, uno de árabe y otro de castellano. Los tres saludan con profesionalidad a sus respectivas cámaras y Bill vuelve a aclararse la garganta porque ya le toca hablar. Intriga, incredulidad, sorpresa, extrañamiento y suspicacia es lo que reflejan los rostros de los cuatro convocados a conferencia, cuatro ventanas abiertas y expectantes ante la imagen de un señor de pelo blanco que impone y cuya presencia resulta enigmática. Los tres traductores esperan instrucciones.

“Queridos y lejanos talentos. Gracias por estar ahí detrás de vuestros ordenadores hoy. Soy William T. Powell y presido la Fundación Disability & Talents que hoy os ha querido convocar –sentimos que el acto no sea presencial por la actual situación de la pandemia en el mundo– para anunciaros una buena nueva. Nuestra fundación ha decidido premiar el trabajo artístico que habéis realizado durante mucho tiempo y seguramente esta noticia os sorprenderá, ya que vuestras candidaturas a estos galardones han sido propuesta por personas de vuestro entorno familiar o laboral y en total discreción”. Bill hace una pausa para dar paso a los traductores que, en cada lengua, entran por turnos.

El señor Powell sonrío ante la cámara y prosigue: “La fundación ha valorado vuestro trabajo a través de distintas fotografías que plasman vuestro talento innato. Hago lectura de vuestros nombres”. Bill sorbe su té, pausa que aprovechan los traductores para intervenir. El anciano inglés continúa: “Bryan Hatchet, residente en Los Angeles, Estados Unidos, recibe el premio en la modalidad de arte urbano vanguardista por su trayectoria en el taller Motherwolf Tatoos. Iman Bas-hir, 10 años, natural de Siria y actualmente residente en Jor-

dania, recibe el premio en la modalidad de arte reciclado por la construcción de una maqueta a base de materiales usados en el Hospital Reina Rania de Ammam. Manfred Helfrich, residente en la ciudad alemana de Heidelberg, recibe el premio a las mejores esculturas creativas en su larga trayectoria; y, por último, Jesús Vázquez del Río, residente en Utrera, España, recibe el premio al mejor artesano del año por la gran calidad de sus guitarras clásicas.

A medida que las traducciones llegan a los oídos de los convocados, Iman, Manfred y Chaso van alegrando sus caras, aún teñidas de sorpresa, emoción y aturdimiento. Bryan, desde Los Ángeles, tiene ventaja sobre ellos por ser angloparlante y ya está festejando la buena nueva con una lata de cerveza. Su socio Bob se agacha para abrazarle (awesome, dude!). La doctora El Hadhi besa la mejilla de una Iman que a duras penas aguanta la emoción. Tito del Río golpea la espalda de su sobrino (“¡Monstruo, que eres un monstruo!”) mientras Chaso se queda como en estado de trance.

Solo la frialdad teutona de Manfred Helfrich le permite entonar un “gracias, señor”. Ahora sus mejillas pálidas se han puesto tan rojas como su nariz. La mano del Rector de la Universidad de Heidelberg, su colega, descansa amistosa sobre su hombro.

El nuevo

Lourdes Aso Torralba

Desde que llegó a casa Brais, la vida nos cambió a todos por completo. Aunque al principio mamá no paraba de llorar, papá le decía que no pasaba nada, que Brais era parte de la familia y seguro que había llegado para bien. Decían esas cosas porque Brais traía no sé qué de los cromosomas alterado y no sé qué del síndrome de Down. Yo, al principio no le hacía mucho caso porque solo dormía y lloraba, lloraba y dormía así que tampoco podíamos jugar. Lo que sí me di cuenta enseguida fue que papá ayudaba más a mamá porque se quejaba de que con el niño no llegaba para todo. Y mamá gritaba mucho menos que antes, quizá por no despertar al niño o porque había empezado a ver la vida de otra manera.

Aunque a mí al principio Brais me pareció que había venido para arrebatarme mi lugar, papá decía que no era así, que ellos nos querían a los dos de la misma manera. Entonces me hacía una de esas preguntas difíciles que hacen los padres para incordiar.

—Si tuvieras que elegir, a quién dirías que quieres más, ¿a papá o a mamá?

Era cierto que era una pregunta trampa pero una pregunta que me hacía reflexionar. Papá quería que me diera cuenta de que no era justo poner el amor en una balanza y que había que respetar los ratos que nos dedicaban a cada uno. Me dijeron que Brais necesitaba más atención porque todo le costaba el doble, o el triple y que, por eso, ni era más ni menos que yo.

Conforme Brais fue creciendo en estatura, me di cuenta de las miradas que nos dedicaban cada vez que salíamos a la calle. A veces, había escuchado frases muy despectivas respecto a mi hermano.

—Mira, es subnormal.

Y a mí se me caían las lágrimas y me daba por descargar la rabia a patada limpia. A papá no le gustaba aquello. No quería que se metieran con Brais pero tampoco aprobaba mi comportamiento.

—Vas a tener que aprender que no todo el mundo entiende esto. Y si quieres que respeten a Brais, vas a tener que empezar por respetar. Si los insultas, si te enfadas, si tratas de gritar que es tu hermano y nadie se mete con él, sólo te estarás poniendo a su misma altura. Por tanto, te sugiero que recapacites. La mejor forma de defender a tu hermano es con la comunicación. Claro que es diferente pero para que alguien entienda la diferencia, ha de parar un instante, ha de observar y ha de hacer suya la valoración.

Era cierto que yo tenía mucha suerte con mis padres. Eran padres, no colegas. Y hablaban conmigo como si fuera un adulto.

—Siéntate, tenemos que hablar.

Me explicaban las cosas de una forma sencilla. Por ejemplo, que los padres de mi amigo Francho se iban a separar porque no se llevaban bien. Que eso no quería decir que no se quisieran, ni que no quisieran a Francho, sino que era mejor para todos que no estuvieran siempre juntos. Yo les contaba que el papá de Francho nunca la ayudaba a su mamá y papá decía que esa era una de las causas por las que las parejas podían romper-

se, que por eso nosotros colaborábamos todos en las tareas. Y que Brais había obrado milagros para que, al estar todos por él, nos diéramos cuenta de lo necesario que era trabajar juntos, apoyarnos y estimular sus movimientos, sus palabras, todos a una.

Papá, para poner ejemplos, era único. Me decía que si solo mamá se ocupara de Brais, ¿cómo iba a levantarse del suelo cuando ella estuviera en la cocina? ¿O cómo iba a poder intentar coger los juguetes si no estábamos pendientes para que tuviera que estirar el brazo? A puro de insistir, de procurar que Brais hiciera todo lo que considerábamos que podía hacer, fue progresando adecuadamente. Mamá le hacía gimnasia muchas horas. Yo jugaba con él delante de un espejo hasta que aprendía a decir palabras sueltas. Papá le hacía subir y bajar los escalones de una casita de juguete y le dejaba acariciarle la cara, la barba e incluso, estirarle de los pelos.

Lo peor fue cuando Brais vino al mismo colegio que yo. Los niños de la clase se burlaban de mí. Me comparaban con Brais cuando cometía un error o cuando me tropezaba jugando al fútbol. Un día, la señorita me encontró llorando en los lavabos durante el recreo. Me preguntó qué había pasado y cuando le dije que estaba un poco disgustado porque mis compañeros no entendían que todos podemos ser diferentes pero no por eso debían burlarse del más débil, me dijo que tenía una idea genial para hacerlos pensar. Nos propuso hacer una redacción en la que habláramos del respeto y la igualdad, de cómo controlar los insultos que suponían una agresión a nuestros compañeros. Yo tenía mucho que contar porque Brais me había enseñado mucho. Papá y mamá también. No solían castigarme demasiado pero sí me hacían pedir perdón, disculparme y reconocer

mis errores. Decían que eso era la base para ser de mayor buena persona. Así que yo hablé de cómo era mi hermano, no tan diferente a cada uno de ellos. Quizá tenía menos habilidades motoras, quizá no memorizara las tablas de multiplicar a la primera. Pero desde luego –escribí–, jamás se le ocurriría decir nada con ánimo ofensivo porque sabía respetar mucho a los demás. No paraba de preguntar si todos estábamos contentos, si queríamos un abrazo grande, si podía recoger los platos y pasar la escoba por el suelo, o si le tocaba a él limpiar el polvo y ordenar la compra que traíamos del supermercado. No gritaba nunca y cuando se enfadaba solía decir:

–Necesito estar solo y pensar. Luego hablamos.

Era lo que había visto que pasaba en casa. Todos los hacíamos. Esperábamos a que se nos pasara la rabia, contábamos hasta diez, pero no hacía falta recordar que los gritos estaban fuera de lugar. No solo por Brais. Pero también porque él no era capaz de entender el volumen alto.

Conté que todos merecíamos una oportunidad y que cualquiera podíamos haber nacido con una anomalía. Dejé en el aire una pregunta que hacía muchas veces papá.

–Y si fueras tú, ¿te gustaría que se te rieran?

Se hizo un silencio sepulcral cuando leí aquello. Cada uno parecía rumiar por dentro mi pregunta. O la pregunta de papá. O la pregunta que se había hecho mil veces Brais.

Yo sabía la respuesta. A nadie le gustaba ser el objeto de las burlas de los demás. Nadie quería que le apuntaran con el dedo y resaltaran sus defectos, sobre todo porque yo recordé también eso que aparecía en la Biblia y que a mamá le gustaba tanto recordarme.

–El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Quería decir que todos tenemos defectos y que la perfección no existe. Por eso, cuando le preguntaban a mamá por Brais y le decían que qué pobre, ella respondía que éramos todos muy afortunados de tener al niño en casa.

Si papá y mamá hubieran enfocado el problema de otra manera, yo no habría aprendido a defender a Brais de una forma tan respetuosa. Y aunque nos habían dicho que no podría llevar una vida normal, hacía casi tantas cosas como nosotros porque tampoco le perdonaban las tareas.

Brais no llegó para arrebatarme mi lugar, ni el cariño de papá y mamá sino para enseñarme el significado de igualdad de oportunidades, del respeto a las diferencias y el instinto de superación. Sin él, yo habría sido peor persona.

Esta abismal herida

Luis García Pérez

Llamamos Destino a todo cuanto limita nuestros poderes.

R. Waldo Emerson

Antes de aproximarse al dintel de la puerta, en cuyas jambas están grabadas las iniciales del matrimonio, D. Olegario no olvida restregar cuidadosa y repetidamente sus zapatos sobre la raquítica hierba y sobre la arpillera extendida en el último tramo del sendero abierto en la parcela que circunda la casa y que hace al mismo tiempo funciones de huerto y de jardín. La primavera va dando leves señales de vida en los rosales, en los geranios y en las dalias, aunque la parra continúa con su prolongado letargo invernal. La yedra y algunos cactus de afiladas púas también rompen la monotonía del invierno, mientras que el almendro ya hace varios días que ha conseguido permiso para estrenar su vestido de primera comunión. También han comenzado a desperezarse los cerezos, los manzanos y la higuera. A lo largo de la cerca de piedra y en los aledaños del pozo hay muchos arriates que lucen sus claveles, primulas, albahaca, mimosas, peonías y numerosas plantas aromáticas y ornamentales, dispuestas en macetas o en recipientes habilitados por Clarisa, la dueña de la casa que siempre ha tenido un gusto y un cuidado especial por las flores, cultivadas por aquellas manos que olían a menta y a geranios, a rosas y a romero.

D. Olegario entra cuidadosamente en la habitación de la esposa, la besa repetidamente, acaricia su frente con sus tibias manos, la arropa con suma delicadeza y sale sigilosamente.

Después se acomoda en el viejo sillón, cierra sus ojos y respira profundamente como si quisiera expulsar de su alma el dolor que aprisiona su pecho. No consigue descansar, pero su pensamiento va de un lado para otro en medio de un abismal silencio, de una herida que le muerde constantemente desde que a la esposa le diagnosticaron la enfermedad. Han recorrido los mejores especialistas, los mejores neurólogos del país y hasta del extranjero, y todos vienen a coincidir en tan desolador diagnóstico: la enfermedad de Parkinson.

D. Olegario, el marido, es un maestro jubilado que tan sólo hace unos meses ha recogido sus pertenencias del aula, porque el Estado le ha dado vacaciones indefinidas y le cuesta mucho aceptar las nuevas circunstancias, esas que nos depara el destino, una realidad que viene siempre a limitar nuestro poder.

Por eso no deja de pensar y atormentarse continuamente:

Ahora que podíamos ser felices, que ya no tenemos las penurias económicas de otros tiempos, que nuestros hijos ya volaron del nido paternal, esta cruel enfermedad viene a hacer su presa en Clarisa, la madre buena, la ejemplar esposa que siempre se ha desvivido por los demás y que sólo era feliz cuando nos veía a todos felices alrededor de la mesa. Ahora que yo le había prometido viajar para conocer países y ciudades que hasta ahora nos habían estado vedados, ha llegado el destino con su terco manotazo a cebarse en su cerebro.

Recuerdo entre las sombras tu primera caída sin motivo aparente, tus temblores como feroces sacudidas que te dejaban postrada por un tiempo. Y yo, asustado, como un gorrión sin alas llamando al 112 para que una ambulancia te condujera hasta las urgencias del hospital. Al principio estos síntomas, querida mía, eran poco frecuentes, pero muy pronto me dijeron en Madrid, mientras

te asistía una amable enfermera, que se trataba de esa cruel enfermedad que va minando tu vida lentamente: el parkinsonismo idiopático en un grado muy progresivo debido a un trastorno neurodegenerativo, muy agudo en tu caso.

Desde esta fecha, te he llevado a los mejores especialistas y su diagnóstico coincide siempre: esa carencia del neurotransmisor dopamina que te está llevando a una decadencia que aumenta mi tristeza cada día, sobre todo cuando comienzan a temblar tus manos y te quedas sin voz y tus músculos rígidos no te permiten dar un solo paso. Y es tal tu depresión y ansiedad que tengo que apartarme de tu lado para dar rienda suelta a mis lágrimas sin que tú te des cuenta.

Hemos contratado a una fisio que viene todos los días a casa para ayudarme en los ejercicios de rehabilitación y también a Matilde que hace todas las faenas de la casa, mientras que yo no me separo ni un momento de tu lado, porque necesitas mi presencia y tu mirada perdida me busca como la mañana busca al sol, como la sed al agua, como el pajarillo el calor de la madre en el nido. Tú agradeces mis caricias y me dices sin palabras muchas cosas que yo siempre sé interpretar por más que tiemblen tus labios y se nublen tus ojos. Tu silencio ahora es para mí profundo como un bosque, pero a la vez elocuente como un poema de amor. ¡Ah, si yo pudiera sustituir la levadopa por parte de mi cerebro! Con qué felicidad te lo donaría para que fueras de nuevo la mujer dichosa de siempre, la mujer buena y cariñosa de otro tiempo, tan querida y respetada por todos. Y si hubiera el más mínimo resquicio de esperanza con una intervención quirúrgica, me dejaría hasta el último céntimo, hasta mi aliento por verte sonreír a mi lado.

Qué cruel enfermedad ha venido a nublar nuestro hogar, que podría ahora ser tan feliz... Ayer mismo, víspera de tu cumplea-

ños, cogiste mi mano entre las tuyas y de tus ojos manaron dos enormes lagrimones que me hicieron estremecer. Después, en tu especial lenguaje, me hiciste saber que nuestra hija Rosalía no te había felicitado, a pesar de que ella, su marido Rafael y nuestros nietos Nacho y Alejandro habían estado aquí casi toda la tarde. Yo, para consolarte, te dije que habían ido a comprarte los regalos y fue entonces cuando después de mucho tiempo, tu cara se iluminó con una leve sonrisa, como si en tu cerebro hubiera penetrado de repente un rayo de luz, un atisbo de esperanza.

Desde los primeros síntomas hasta hoy van a cumplirse tres años, y este terrible mal ha ido eclipsando progresivamente tu vitalidad, tus recuerdos, hasta el punto de estar ahora postrada en esa odiosa silla. Y lo peor de todo es que esto parece irreversible y no está prevista a corto plazo una vacuna o algún fármaco que acabe con tanta impotencia, con tanto dolor e incertidumbre, aunque la ciencia hace todo lo posible por retrasar el final del itinerario que tanto estoy temiendo, porque mientras te tenga a mi lado, podré seguir queriéndote y prodigarte a diario todos mis desvelos, todo el amor que te mereces. ¿Por qué siempre los artistas han pintado el amor en plena lozanía o juventud, si este sentimiento es intemporal y yo te sigo queriendo como el primer día hasta donde la última página de la vida —ese misterio imprevisible— quiera separarnos?

Qué lejos aquellos días en los que florecieron en nuestro jardín las rosas de la entrega, y la vida era compartir muy juntos la alegría y cultivar la felicidad por todos los senderos y los amaneceres eran un abrir nuestras pupilas a la luz como si siempre fuera primavera. El destino ahora nos ha abierto el envés de la dicha, su lado más amargo, pero, a pesar de todo, estaré siempre a tu lado y aún puedo asegurarte que sigo sintiendo tu piel adherida a la mía.

Nuestros hijos nos dicen con frecuencia que nos vayamos a vivir

a una residencia para la tercera edad —verdadero eufemismo de vejez—, porque allí estaríamos mejor asistidos. Yo siempre les respondo, querida Clarisa, que de ninguna manera lo haría, porque allí todo te resultaría extraño, mientras que aquí, al tiempo que hacemos los ejercicios de rehabilitación, te hago recordar nuestro jardín, nuestra alcoba, el reloj de cuco que suena a cada hora, las alfombras, el sofá, los libros, las persianas y todas esas cosas tan aparentemente sencillas, pero que para nosotros tienen vida todavía. Tú te alegras cuando te pongo el hilo con la música clásica que tanto te gustaba y hasta tus ojos parecen brillar cuando escuchas Las cuatro estaciones de Vivaldi o El Mesías de Haendel.

Parece que entonces tu semblante se torna de una especial placidez, de una tierna dulzura como si estuvieras reviviendo los pasajes más deliciosos de nuestra vida. Ya sé que la residencia sería un descanso, pero en esta casa están los recuerdos más vivos de nuestra existencia y aquí palpita en cada instante esa página del libro que cada día escribimos, aunque tenga que verte postrada y sin autonomía, pues, detrás de cada persona, siempre hay una intrahistoria, su pasado, su vida.

Para mí, sigue siendo algo muy importante darte todos los medicamentos, sobre todo ese analgésico que calma tu dolor. Qué lástima que aún no exista un remedio eficaz para paliar tu enfermedad, ese odioso Parkinson que tantos estragos causa, especialmente entre las personas mayores.

Mi ayuda, mi comprensión y mi cariño no te faltarán nunca, amada Clarisa, y para los dos será la mejor terapia besar tus mejillas, acariciar tus manos temblorosas y llevar el alimento hasta tu boca, que aunque esté sellada por el silencio, me está diciendo muchas cosas sin palabras.

La cabeza de burro

Jesús Jiménez Reinaldo

Por consejo de mi psicólogo, que es bien insistente y nunca tira la toalla por muy tonto que me ponga, decido por fin que este verano saldré a pasar unos días de asueto fuera de casa. La verdad es que mi valor no renta para mucho y, después de darle varias vueltas a las posibilidades a mi alcance y a mi entendimiento, resuelvo que haré turismo cultural en un pueblecito de La Mancha del que todos hablan maravillas y que me queda a poco más de dos horas de casa, lo que me permitirá volverme en cuanto tenga cualquier inconveniente o me sienta inseguro. Vivir con red, lo llama mi loquero, y se ríe. Dice que soy más pusilánime que un adolescente con acné y que para mi desgracia me miro mucho en el espejo de la conmiseración en vez de salir al aire libre y reírme de todo, incluso de él.

Elijo un alojamiento de cuatro estrellas en el centro del pueblo y compro entradas para un par de espectáculos teatrales que, según los críticos de la prensa escrita, prometen mucho: un montaje de la Compañía Nacional de Teatro Clásico del drama *El caballero de Olmedo* de Lope de Vega y otro de Shakespeare, *El sueño de una noche de verano*, que dirige Tim Robbins y que tendrá traducción simultánea en pantalla porque lo van a representar en la mismísima lengua de la reina Isabel de Inglaterra, con su musicalidad y sus famosos dobles sentidos obscenos. En este aspecto, el artístico, debo reconocer que difícilmente se puede encontrar uno un pueblo más bonito y con una vida más intensa que Almagro en verano, cuando la

plaza Mayor se llena de turistas y autóctonos, y en sus terrazas se comentan las novedades teatrales mientras se degustan berenjenas encurtidas y raciones de queso.

El primer día lo gasto en visitar el Museo Nacional del Teatro por la mañana, darme un baño en la piscina del Parador antes de tomar un sándwich club en la cafetería, dormir una siesta hasta que se pone el sol y tomar unas cervezas mientras escucho las conversaciones de quienes van acompañados y no me prestan atención. Viajar solo tiene sus ventajas: te permite engancharte a los argumentos y a las emociones de otros, exactamente igual que en el teatro, pero con la emoción de que en cualquier momento los involuntarios actores cambian de tema, se van o se callan, dejándote con el desenlace inacabado, sin terminar de rumiar su tristeza o su enamoramiento, sus mentiras o sus contradicciones. Me dirán que soy un cotilla y no lo negaré, que para mucha gente es impropio lo que para mí no es sino una curiosidad que no hace daño a nadie y que me ha servido para aprender tanto o más que en las clases académicas regulares.

El segundo día lo paso más nervioso. Ya faltan pocas horas para asistir a mi primera representación en un festival del que siempre había oído hablar en los medios y que yo pensaba que estaba fuera de mi alcance, pero he vencido mis miedos, mis limitaciones, y aquí estoy, disfrutando de los nervios de quien amplía sus fronteras y se supera. La obra de Shakespeare la van a representar en el Espacio Miguel Narros y por si acaso no lo encuentro con facilidad salgo para allí con más de una hora de adelanto. Llego en diez minutos pero no soy el primero, porque ya hay grupos de gente charlando despreocupadamente y tan expectantes como yo. Veo que el espacio teatral son

unas gradas levantadas en una plaza, una plataforma temporal de esas que se estilan en muchas ferias a las que se accede por unas puertas abiertas en una muralla de paneles provisionales; comienzo a temerme lo peor, eso de lo que se reía mi psicólogo y que a mí me saca de quicio, porque la ley de Murphy desgraciadamente siempre se cumple cuando eres la parte más frágil. A lo mejor no era tan buena idea esto de venir al teatro en mis condiciones.

A estas alturas todos deberíamos saber que todas las discapacidades no se distinguen a simple vista: si fuera en silla de ruedas, seguramente habría un espacio reservado para ubicarme allí y tratarían de ayudarme a estar cómodo en mi sitio; si fuera ciego, alguien se encargaría de acompañarme hasta mi asiento y ofrecerme su ayuda para lo que necesitase. Pero a mí, ¿quién me va a distinguir en esta feria de vanidades y va a comprender lo inseguro que me siento ante una perspectiva que en Madrid ni se me ocurrió posible?

Entro en cuanto abren y me dirijo a la joven que acomoda a quienes nos sentamos en las primeras filas. Casi no he terminado de saludarla y ya le he preguntado dónde están los baños.

—No hay —me contesta alegremente, como quien vive despreocupadamente una existencia sin necesidades imperiosas.

—¿Y cuánto dura la obra? ¿Tiene intermedio? —le pregunto con ansiedad.

—Tres horas, con un intermedio de media hora —me informa con precisión.

—Entonces tengo un problema, señorita. Aunque no se me note exteriormente, soy una persona con discapacidad. Llevo una bolsa de ileostomía y tengo una independencia que no va

más allá de las dos horas, por lo que, o bien voy al cuarto de baño en el intermedio, o bien me tendré que marchar sin ver el final de la función, lo que por supuesto no me satisface. No comprendo cómo pueden cobrar casi 29 euros por entrada y no pensar que aquí podemos venir personas que necesitamos una mínima infraestructura higiénica.

—¿Tiene usted un documento que acredite su discapacidad? —me pregunta, supongo que suspicazmente para pillarme en un renuncio.

—Claro que sí, el de la Comunidad de Madrid. Espere un momento que la busco... Aquí lo tiene y este es mi carné de identidad.

—Entonces, no se preocupe; siéntese en su butaca y venga a buscarme a esta misma zona durante el intermedio.

Le doy las gracias, pero me quedo preocupado, claro. He sido muy poco previsor y, antes de venir a la función, me he tomado una cerveza y una ración de chopitos. Ahora preferiría tener el estómago vacío para que no hubiera nada en forma líquida bajando intestino delgado en dirección a mi prótesis. La obra es emocionante, llena de lirismo, pero yo me la paso palpando mi bolsa a ver si se llena descontroladamente y tratando de no ponerme nervioso, porque eso aún podría empeorar las cosas. Mi psicólogo se reiría tanto: la poética de Shakespeare, el sublime, mezclada con la obsesión por el excremento, en una especie de metáfora unamuniana. Y, por primera vez en mucho tiempo, también me río yo, no sé si con los actores que imitan los cantos de los pájaros del bosque con sus voces cristalinas, o de mí mismo, que me parezco ahora mismo tan poca cosa, tan triste, frente a las palabras del bardo inmortal.

En el intermedio, la joven me está esperando y me lleva fuera del recinto Miguel Narros. Atravesamos una calle a medianoche, llegamos a un caserón que parece un palacio renacentista o barroco y me dice que es el que les prestan a los técnicos para cambiarse, que puedo utilizar el baño y que disculpe los inconvenientes, que comprende el problema y que por eso se está saltando las normas. Que no hay derecho a que no se tengan en cuenta las diferencias y que solo se piense en ingresar dinero fácil. Que hablan mucho de accesibilidad pero luego incumplen hasta las normas más elementales. Que su padre también tiene una ileostomía.

Cuando salgo del cuarto de baño, me siento aliviado. Tengo otro par de horas de independencia y voy a poder disfrutar del resto de la obra sin tener que estar pendiente de la digestión de los chopitos. Es una novedad interesante. La joven me vuelve a acompañar hasta la plaza de Santo Domingo y, en un gesto que me emociona, me regala una botella de agua mineral para que me refresque.

Si en la primera parte me había convertido por las circunstancias y mis miedos en un ser humano con cabeza de burro, en la segunda mi reina Titania del teatro me ha liberado del hechizo de Puck y puedo reír como los demás atenienses ante la representación que los carpinteros hacen de la tragedia de Pírramo y Tisbe, liberado. Con las dobles bodas de los enamorados y mi falta de prisa para salir una vez acabado el espectáculo, la armonía ha regresado por fin a mi vida en una noche de verano como las de antes.

—¿Y dices que vas a dejar de venir? —me pregunta mi psicólogo días después.

—Pues sí —le afirmo con rotundidad—. Empecé a acudir porque tenía miedo a todo y creo que en mi viaje he comprendido que no voy a dejar de tener problemas, pero que debo afrontarlos y superarlos con cierta distancia. Si los resuelvo, me sentiré mejor. Y, si no, haré caso de tus consejos y me reiré hasta que dejen de tener importancia o aprenda a solucionarlos mejor. Gracias por tu ayuda. Sé que he sido muy terco, tanto como tú paciente.

—Vuelve cuando quieras, pero que sepas que no te estaré esperando. ¡Je, je, je!

Neus

José Antonio Lozano Rodríguez

“Perdona que te escriba así a borbotones, con el mismo nerviosismo con el que hablo o hago la mayoría de cosas que tú nunca has terminado de comprender; disculpa que te deje esta carta en el bolsillo de tu vestido preferido que hoy te viste de un modo diferente y hasta parece tener más luz que de costumbre, disculpa esta cobardía que se pega a mi mano como el sudor del mar a la orilla los días de tormenta, pero no tengo otra alternativa, no me queda otro tiempo posible antes de que te marches, hoy sí, para siempre”. Creo, Nieves, que así empezaba mi último escrito; lo más seguro es que alguna palabra no se encuentre en su sitio, ya sabes que últimamente me empieza a fallar un poco la memoria, pero era así más o menos, bueno, así en lo fundamental.

“Han sido años dichosos los vividos contigo, lo sabes: años repletos de felicidad, atiborrados de caricias y de miradas cómplices, han sido años en los que nuestras manos unidas apenas si recordaban un instante de soledad, porque Neus nos nació en un suspiro, sin apenas darnos cuenta, como un racimo de lluvia después del relámpago; han sido años en los que siempre he sentido el aliento de tu risa sobre mi rostro y tus labios carnosos que me sé de memoria, siempre hueros de carmín, dibujando un beso dulce, apenas un esbozo, sobre los míos. Han sido tantos los momentos dichosos que apenas si puedo comprender el significado de palabras como *ausencia* o *resignación*”. Creo que era como seguía; no, no lo creo, estoy seguro,

incluso podría afirmar sin la menor duda que eran las mismas palabras y que no falta ninguna coma, ninguna letra. Las he repetido tantas veces en mi mente, las he saboreado tantas veces en mi boca que se han convertido en una oración, en una plegaria que entono sin necesitar motivo alguno.

“No sé cómo voy a explicarle a la niña tu partida. Se me rompe el corazón y no encuentro las palabras adecuadas cuando la veo tan candorosa, con su sonrisa de ángel inocente llenando su rostro que ya empieza a poblar alguna arruguilla, con sus esfuerzos sobrehumanos por deslizar desde su boca palabras enteras que ya ha aprendido a pronunciar con sonidos limpios; el primero de ellos, como no podía ser de otra forma, la palabra *ma-má*, dicha así, en dos sílabas bien diferenciadas, apretando fuerte sus labios antes de dejar salir el sonido claro y rotundo que le ha costado tanto esfuerzo aprender. Se me nublan los ojos cuando pienso en lo que será un paseo por la orilla del mar cogidos de nuestras manos y del perfume de tu ausencia. Ya no será la misma brisa la que nos roce, ni siquiera sé si reconoceremos nuestras propias huellas sobre la arena húmeda porque faltarán las tuyas. Sencillamente ya no compartirás con nosotros el único momento de la semana en el que podíamos estar los tres a solas desde hace ya más de cuarenta años. No sé, sinceramente no sé cómo voy a explicárselo, cómo voy a explicármelo”. Disculpa, ahora sí que me he perdido un poco; aquí hay muchas palabras que no estaban en la carta original porque ya existen lagunas importantes en mi mente, pero creo que el sentido es el mismo, o muy parecido.

“Espero que no veas reproche alguno en mis palabras; no, no, mi amor, nada más lejos de la realidad; aunque me esfuerzo, no logro que venga a mi mente una sola disputa entre nosotros en

estos casi cincuenta años de vida en común; ni siquiera hubo el más mínimo lamento cuando el médico nos dio la desdichada noticia de lo que sucedía en tu vientre con la niña; sólo es que no sé cómo le voy a contar a Neus que no estarás con nosotros el próximo domingo de cuatro a seis; y eso me aterra y sé que la aterrará también a ella si llegara a comprenderlo, porque yo tampoco lo consigo entender”. Éstas sí, seguro, son las mismas palabras que están reflejadas en la carta que tan cobardemente te entregué incapaz de decírtelas a los ojos, por muy cerrados que los tuvieras.

“No te preocupes, le volveré a contar una y otra vez lo bonita que era cuando nació: sus primeras sonrisas, sus primeros llantos, las dudas de sus pies antes de comenzar a mantenerse; le recordaré de nuevo lo felices que nos sentíamos ante el milagro de su llegada, lo llena que se encontraba nuestra casa con su sola presencia, cómo lo abandonaste todo para dedicarte sólo a ella mientras yo me preocupaba de buscar el sustento y de quereros cada vez más a las dos”. Así es, Nieves, así es como decía aquella carta que arrugué con rabia y alisé con amor varias veces antes de tomar la decisión última de meterla en el pequeño bolsillo de tu vestido favorito y entregártelo para toda la eternidad.

“Pero las nanas y las canciones infantiles que le cantabas sin cesar, ya no estarán más entre nosotros; no flotarán junto a las olas que nos las devolvían en forma de espuma hasta hacernos cosquillas en los pies, ni las caricias blandas de tus ojos limpiarán los suyos repletos de lágrimas o el hilillo de baba que suele caerle cuando se pone nerviosa, porque la trisomía ya sabes cómo es”, proseguía con más dolor que pena por ese futuro de ausencia sin remedio. Y aquí viene mi tristeza mayor porque

no recuerdo cómo continuaba el escrito; lo siento pero no puedo recordar ninguna de las palabras, su situación en el texto, sus acentos; es como si buscara el polvo de una mesa que se ha ido para siempre atrapado por el trapo húmedo que la acaba de limpiar y eso me produce un daño que no te puedes imaginar..., porque son palabras perdidas para siempre, Nieves.

“Estoy seguro de que cuando deje la carta en tu bolsillo estaré repleto de remordimientos. ¿Qué derecho tengo a decirte todo esto? Sencillamente no has podido evitar irte; sólo quiero que sepas que siempre estarás con nosotros a pesar del tiempo o la distancia y que te queremos”, acababa por fin ese escrito que me dolía a cada palabra y que hoy me he decidido a poner en este papel para que no termine de borrarse de mi mente; así podré recuperarla completamente si algún día retornan a mi memoria los párrafos grabados con lágrimas negras que te acompañarán para la eternidad.

Aún recuerdo, con el vello totalmente erizado y los ojos a punto de desbordarse, cómo me acerqué con nuestra hija para que te diera el último beso: estabas preciosa con tu vestido de falda azul celeste recién planchado; a Neus se le iluminó la cara y esbozó una sonrisa limpia y transparente como nunca antes había hecho y, aunque se encontraba algo nerviosa por el trasiego de gente y los cientos de mejillas que no conocía, se comportó con una madurez que casi llegó a asustarme: los ojos brillantes, la boca tranquila, serena, sin el hilillo de saliva, la mirada tierna clavada en tu rostro en busca de una respuesta que yo tampoco llegaba a comprender. No, Nieves, todo esto no iba en el escrito, sólo me lo digo para que no se borre nunca de mi mente ese instante de intimidad en el que estábamos los tres solos a pesar del enorme gentío en esa despedida sin límites.

Ya queda menos de un día para acudir a mi encuentro semanal y sigo sin saber cómo explicárselo. Por mucho que le hable, Neus no llega a comprender por qué no la descalzo y pisamos juntos la arena tibia de la playa aún sin hollar, por qué no roza su cara la sal pringosa de la brisa que empaña sus gafas, por qué no asoma por el cielo el adiós de las últimas cigüeñas de septiembre, mucho menos la razón de llevar otra vez entre sus brazos un ramo de gladiolos que dormirán, junto a la oración que ya ha conseguido aprender, sobre un trozo de mármol blanco en el que ignora que está escrito el nombre de su madre al lado de unas fechas que tampoco entiende y las palabras: “Para siempre. Tu esposo e hija no te olvidan”.

Y nada más

Juan Alberto Puyana Domínguez

Mario se levanta con el sol y, frente al espejo, permanece largo rato acicalándose para luego vestirse con lo mejor que encuentra en el armario. No se ha olvidado de dejar ordenado su dormitorio antes de irse, y deja en la alacena que hay en la entrada de casa una nota dirigida a sus padres: “Vuelvo a la hora del almuerzo”. Después, se echa a la calle cuando aún la mayoría de los establecimientos duermen, los camiones de saneamiento baldean las aceras y pocos son los ciudadanos que dotan de vida al barrio.

El frescor del otoño acaricia su rostro, y la agradable brisa lo invita a exhibir una radiante sonrisa con la que se dispone a afrontar el día. No. Hoy no va a permitir que decaiga su ánimo. Y con ese renovado entusiasmo avanza a grandes zancadas de camino al centro del pueblo. Hace parada, eso sí, en el bar de su tío Pascual, quien no tarda en alagarle en la barra un café con leche humeante y un platillo con churros, como cada mañana.

—¿A dónde vas hoy, Mario? —le pregunta con ternura.

—Al mercado —responde, como siempre, parco en palabras.

—Pues que tengas mucha suerte, campeón.

El muchacho agradece sus palabras, aunque le gusta más que le llame por su nombre de pila que con esas palabras: “campeón”, “fenómeno”... Tiene un nombre muy bonito y no entiende esa manía que tiene la gente de llamarle de otra manera que no sea Mario.

El primer lugar que visita en el mercado tras su desayuno es la frutería de doña Hortensia. A Mario le encanta su tienda, decorada con motivos *vintage*, y no oculta que sueña con trabajar allí echándole una mano a esa señora que lo trata con tanto cariño cada vez que lo ve. Le gusta cómo huele, los vivos colores de las manzanas, las peras, las naranjas, los limones, todos ellos bien alineados en sus cajas de madera, bajo el toldo verde de la calle. No es la primera vez que pide trabajo en la frutería. De hecho, todos los lunes lo hace, pero siempre obtiene la misma respuesta de doña Hortensia.

—Lo siento, guapo. Pero yo misma me basto para llevar el negocio. Además, también tengo la ayuda de mis dos hijos para cargar las cajas. Créeme que me encantaría, pero no puede ser...

Mario esboza una sonrisa triste y agradece a la señora su atención y paciencia de todas las semanas. Luego agacha la cabeza y sigue su caminar incansable, esta vez hacia la carnicería.

Allí, el fornido Leandro hace rato que se afana en trocear cerdo, cordero y ternera, distribuyéndolo en grandes bandejas metálicas que coloca de forma meticulosa tras la vitrina del mostrador. A Mario no le gusta tanto como la frutería de doña Hortensia. Huele peor y a veces se llena de molestas moscas que revolotean sin parar cerca de la carne. Él intenta espantarlas dando manotazos al aire, y se siente útil para Leandro con ese simple gesto. El carnicero ríe, y le agradece el detalle. Pero cuando el chico le pide trabajar con él para ganarse la vida, la risa se tuerce, la voz titubea e inventa mil excusas diferentes cada día.

Lejos de desanimarse, Mario prosigue su marcha y se adentra en el mercado. “En la pescadería de doña Paqui, siempre hay

mucha faena”, piensa. Es rara la vez que no la ve yendo de arriba abajo, colocando los pescados o repartiendo hielo picado en las cubetas de plástico. La ha observado con detenimiento muchas veces, salpicando con agua por encima el género para darle un aspecto de mayor frescura. Incluso ha reparado en el detalle de adornar las cubetas con hojas de perejil o menta que disimulan el olor.

El muchacho cree que podría hacer ese trabajo sin problemas. Además, distingue todos los peces. Es un tema que desde muy niño siempre le gustó: jureles, caballas, sardinas, boquerones, merluzas, rodaballos, lenguados, acedías. Los conoce a la perfección y ha visto limpiarlos y prepararlos cientos de veces cuando acompañaba a su madre en la compra siendo un crío.

—¿Cómo voy a dejar que manejes un cuchillo como éste? ¿Y si te cortas? —le pregunta doña Paqui con una sonrisa incómoda dibujada en los labios, tras ofrecerse Mario a trabajar en su tienda.

Al chico le revienta que la gente piense que es torpe de manos. En casa, lo ha hecho a menudo y bastante bien. Su madre siempre le ha hablado de ese tipo de pensamientos. “Prejuicios”, recuerda con melancolía. Y aunque le entristezca, sabe que no puede culparlos por ello. Porque es algo instalado en la sociedad desde hace mucho tiempo, desde antes que él naciera, y “contra las costumbres y las ideas preconcebidas, poco se puede hacer”, le dice a menudo su padre. Y ese poco que se puede hacer consiste en luchar por cambiar esas ideas, de la forma que lo hace Mario: mostrando de lo que es capaz y hasta dónde está dispuesto a llegar.

Lejos de darse por vencido, decide seguir adelante. En el mercado hay más fruterías, carnicerías y pescaderías. Hay incluso

una floristería, la de doña Encarni, en la que también podría trabajar. A las flores no las conoce con tanta pasión como a los peces, pero se siente perfectamente capacitado para esa labor.

Encarni no desliza cariño en sus palabras. “No” es su seca respuesta, que además no viene aderezada de sonrisa o ternura. “Y vete, que me vas a espantar la clientela”, suelta entre dientes sin que llegue a oídos del chico. De haberla escuchado, Mario hubiera sentido la rabia subir desde su estómago, porque no soporta los comentarios injustos. Ni hacia él ni hacia nadie.

Se acerca a la lonja y, de forma espontánea, se dirige a los camiones de reparto. Durante diez minutos descarga cajas y cajas, ensuciando las mangas de la chaqueta, en las que quedan adheridos fragmentos de verduras, y tufo a pescado. Uno de los conductores, le agradece el trabajo depositando cinco euros en su mano, y dándole dos cariñosas palmadas en el hombro.

—Buen trabajo, chaval. Muchos como tú quisiera ver por aquí cada vez que vengo.

A mediodía, ya cansado, emprende el camino a casa porque ya lo deben estar esperando. Su madre abre la puerta con una sonrisa, le revuelve los pelos de forma cariñosa con su mano y le invita a entrar. “Ya está el almuerzo listo”, dice.

Mario suelta la carpeta encima del escritorio de su cuarto, cuelga su chaqueta en el perchero que hay detrás de la puerta de la habitación y se lava las manos con pulcritud.

Luego, se dirige cabizbajo y silencioso al comedor donde lo esperan sus padres y un buen plato caliente de cocido con botillo. Cuando lleva comidas dos o tres cucharadas, su madre pregunta.

—¿Qué tal te ha ido hoy, cariño?

–Mal –responde.

–¿No ha habido suerte?

–No.

Tras unos segundos de silencio, su padre continúa la conversación.

–Sabes que no es necesario que hagas esto. En casa, gracias a Dios, no tenemos problemas de dinero.

–No es por dinero, papá. Es que quiero sentirme útil.

–Ellos se lo pierden. Estamos orgullosos de ti. Seguro que encontrarás un lugar donde aprecien tu esfuerzo –añade regalándole un beso en la mejilla–. Eso sí, nunca permitas que te llamen “minusválido”. Te llamas Mario. Ese es tu nombre, no otro, y bien bonito que es, ¿entendido?

Y ambos se funden en un abrazo con la firme determinación de que, tarde o temprano, encontrarán un lugar en el mundo donde se aprecie su talento, determinación y actitud.

Un lugar donde Mario sea Mario... y nada más.

El equilibrio

Ana Belén Martínez González

Estaba sentado, rodeado de botes de pintura y a sus pies una paleta en la que, antes de su paso por el hospital, había mezclado blanco con azul hasta conseguir una completa gama de este color. La miraba con perplejidad, como si no creyera que algún día él hubiera sido capaz de hacer algo así. Con envidia de sí mismo. Un curioso sentimiento sobre el que había reflexionado mucho en los últimos tiempos. Enfrente, justo delante, el lienzo. En blanco, como el resto de la vida que tenía por delante.

Por un momento pensó que simplemente era incapaz de volver a pintar. Y que aquella lucha para tomar la decisión de colocarse frente a una tela vacía había sido un sufrimiento absurdo. Una pretensión descabellada. Que asumir el reto de crear era algo que a partir de ahora le estaba vedado. Que la magia que cambia la nada por mundos enteros se había acabado. Decidió que ese blanco impoluto le insultaba. Le molestaba en los ojos. Los cerró.

Las largas conversaciones con su médico y con el psiquiatra vinieron a su mente. Recordó cómo ellos insistían en que se levantara. Una y otra vez el doctor le repetía que si tenía piernas y pies era capaz de ponerse de pie. Y él, por boca de la tozudez que nunca le abandonaba, contestaba también una y otra vez que no; que no podía, que no tenía equilibrio. Ese había sido su argumento a lo largo de muchos meses.

Pensaba en el equilibrio. Mucho. En el que no conseguía con su cuerpo pero sobre todo en el que no encontraba en su interior. Las pocas veces que hallaba un poco de sosiego, se preguntaba si precisamente su equilibrio no estaría en volver a pintar. Entonces se daba cuenta de que él había nacido para eso, de que no sabía hacer otra cosa.

El tiempo en los hospitales es pesado, agónico y tan denso que da para pensar en cien vidas. De la suya le llegaba muy a menudo el mismo recuerdo. Un niño que aún no sabía hablar y ya dibujaba paisajes. Una de aquellas noches de insomnio le visitó su primer dibujo al óleo, un gran árbol verde intenso. Tenía cuatro años.

Esa noche lloró. Por todo lo perdido, por todo lo que ya no sucedería, porque era injusto, porque no lo merecía. Lloró con rabia.

Sin embargo, al día siguiente, esas lágrimas se habían convertido en un extraño elixir que por primera vez en muchos días oscuros, le infundió ánimo. Y concluyó que quizá no todo estaba perdido.

Ahora, sentado y rodeado de botes de pintura, recordaba ese instante, esa certeza. Y se aferraba a ella. Al menos debía intentarlo. Se lo debía. A él mismo y a su querida Helena.

Aspiró con fuerza y abrió los ojos. Prometió no desanimarse ante lo que preveía un auténtico desastre. Con enorme dificultad, igual que un funámbulo, cogió entre sus dedos, ahora torpes, el pincel. Apenas respondían a las órdenes de su cerebro pero siguió intentándolo. Se inclinó hacia atrás. Su cuerpo como un contrapeso. Su objetivo era trazar una línea. Una simple línea vertical. Si soy capaz de hacerlo con pulso, podré pintar otra vez. Se dijo.

Pero necesitaba el color y sabía que no lograría elaborar una mezcla. En esto había llegado a ser un auténtico maestro. Durante las más de cuarenta exposiciones que había realizado era lo más alabado por público y crítica: la armonía cromática. Esa singular capacidad para conseguir captar el efecto de la luz en los objetos. Por un segundo, se entristeció. Pero al segundo siguiente, decidió no pensar en antes. Asumió que ahora todo era diferente. El cuadro tendría que ser de colores simples. No podía hacer filigranas en este campo, al menos de momento.

Miró a su alrededor y reparó en que los botes ya estaban abiertos. Sonrió porque vio en aquel detalle la mano de Helena. Y eso le animó aún más.

Con el pincel sujeto firmemente y con toda su atención centrada en que éste no resbalara entre sus dedos, se dirigió a uno de color marrón. Hundió el pelo en la pintura y contra el borde intentó dejar la parte sobrante. Después comenzó el camino hasta el lienzo. Muy despacio, con toda la destreza que pudo encontrar. El pincel cayó al suelo. Era de esperar. No se desanimó. Esta vez no. Siempre había sido un luchador. Su imagen de galería en galería, su imagen vendiendo en la calle, las malas críticas, todo de golpe vino a su cabeza. Continuó. Recogió el pincel del suelo. ¡Qué poco le gustaba mancharlo todo! Incluso sus dedos estaban llenos de pintura. Daba igual. Lo volvió a intentar. La presión fue muy ligera porque le costaba mantener la posición, pero fue la presión suficiente para marcar una línea. Zigzagueante y apenas visible. Pero era su línea. Resultado de un enorme esfuerzo. La victoria en una lucha de a dos. Ahora el gris. Hundió de nuevo el pincel, esta vez hasta el fondo del bote, le resultaba muy difícil calcular los movimientos. Volvió a limpiarla contra el borde y de nuevo otra línea. Paró y respiró

profundamente. Se emocionó. Sentía una intensa opresión en el pecho. La causaba las ganas de estallar contenidas. Lo había conseguido. Acababa de demostrarlo, de demostrárselo, era capaz de pintar. La calidad, solo cuestión de tiempo.

Empezaría por algo sencillo, al fin y al cabo su obra seguiría cotizándose cara en el mercado. Incluso ahora, tras el accidente, quizás más.

Dos años tardó en acabar aquel lienzo. Sólo faltaba su firma.

—¡Helena! —gritó—. Ya puedes venir.

Enseguida escuchó unos pasos acercándose y sintió su presencia detrás de él. Su voz le llegó como un bálsamo.

—Es magnífico, mi vida. Eres tú.

Había dibujado un enorme árbol en invierno. Sin hojas, con pocas ramas pero con unas gruesas raíces que sobresalían del suelo. Un árbol fuerte, marrón y gris, único superviviente en un paisaje árido y casi desértico.

Ella puso una mano en su hombro y dijo:

—Bueno, ahora fírmalo. Es, sin duda, tu mejor obra.

Y Helena pudo contemplar, admirada y sin palabras, cómo con solemnidad y una increíble pericia en el equilibrio, por primera vez delante de ella, él colocaba el pincel entre sus dedos y con su pie escribía: *Alberto Celaya, uno del cinco del ochenta y tres.*

La rampa

Miguel Ángel Moreno Cañizares

La conocí una tarde que olía a lavanda recién bañada por la lluvia. Estaba sola, junto a la marquesina observando no sé el qué. En la mano izquierda sostenía un libro forrado —como en aquellos tiempos donde era habitual cubrirlos con papel incluso de periódico— y con la otra asía una muleta que le servía de apoyo. La idea de abordarla rondaba por mi cabeza sin que llegara a decidirme mientras deambulaba por la acera de un lado a otro. Me dio tiempo a pensar mil pretextos sin que ninguno cuajara. Por suerte, al subir al autobús se le cayó el libro y estuve presto a cogerlo y ofrecérselo. Yo mismo me sorprendí de la rapidez de mi acción. “Gracias”, dijo con una sonrisa sincera a la vez que volvía a sostener el libro en su mano.

“¿De qué trata?”, quise preguntarle, pero no lo hice. Me mantuve callado a unos metros de ella, preso de mi timidez y sin poder dejar de observarla, aunque en cuanto levantaba la vista era incapaz de aguantarle el cruce de miradas. A grandes rasgos, intuí que sus ojos eran de color caramelo, sus labios un poco carnosos y las mejillas estaban levemente sonrosadas. Pero, sobre todo, me convencí de que era una joven bellísima. Se apeó dos paradas antes del final de línea y la vi alejarse con la sensación de haber perdido la ocasión de mi vida. Aquella chica me gustaba.

No volví a verla hasta una semana más tarde, en el mismo lugar y en similares circunstancias. Durante los seis días anteriores había aguardado en aquella marquesina sin éxito. Portaba

el mismo libro, creo, y su bastón de metal. Vestía un atuendo primaveral con zapatos de tacón medio que realzaban su figura. La encontré aún más guapa que días atrás. Ella me sonrió al verme, como si me reconociera.

“No he dejado de pensar en ti”, quise decirle, pero no lo hice. Subimos al autobús y ni hablamos ni nos miramos. Yo la observaba de reojo, incapaz de atreverme a nada. Me di pena a mí mismo. Maldita introversión. Próxima ya su parada, se acercó decidida. “¿Me acompañas?”. Su voz era dulce y suave. ¿Quién podía negarse a la invitación? En ese momento, sentí un calor invadiéndome el cuerpo de arriba abajo. Supongo que, colorado como un tomate, pero eufórico por dentro, asentí con un leve movimiento de cabeza. Un mundo nuevo se abrió paso ante mí. Fuimos por las calles de aquel barrio de clase media hasta dar con un parque algo abandonado a su suerte. Nos sentamos en un banco, parecía cansada. Me habló con la sinceridad de un niño, abrió su corazón sin yo pedírselo y, sobre todo, me demostró una alegría que nunca había sospechado en otra persona discapacitada como yo. Ella, Isabel, tenía todo lo que yo podía desear.

¡Cuántos años han transcurrido! En algún lugar del alma guardo el sonido de tus palabras, de aquellas primeras conversaciones. Ahora, de manera recurrente, me veo junto al fuego, acurrucado en la butaca, esperando tus abrazos. Me regañas –“que te vas a quemar, hombre”– y me ordenas que me aleje lo suficiente. Luego, sonrías con un guiño cómplice y clavas tus ojos de caramelo en el fuego. Se oye el crepitar de los leños en la chimenea, crepitar que acompañaba nuestras veladas hasta bien entrada la madrugada. Siento en cada gesto el significado de aquellas historias y el de todos esos sueños que me sugeriste.

Ojalá hubiéramos podido cumplirlos, al menos buena parte de ellos, y regresar aquí, noche tras noche, para compartirlos, Isabel. ¿Qué nos lo impedía? ¿La discapacidad? Sí. Una sociedad más identificada con los discapacitados, lo definiste. Por supuesto. Podríamos contar con los dedos de una mano nuestros desacuerdos.

Las llamas parecen observarnos con ternura mientras se agitan desordenadamente e iluminan nuestros rostros. Es como si escucharan o pretendieran hacerlo, ajenas al inexorable destino que las lleva a la extinción, el mismo que apartó de ti un buen número de objetivos. Me atormenta el día en que, con la tranquilidad de un Dalai Lama, me dijiste que tu tiempo se extinguía, que pronto te recogerías como un caracol dentro de su concha. No lo entendí, o mejor dicho, me negué a entenderlo, a pesar de advertir los síntomas desde hacía meses. Tus piernas habían dicho basta. En mi interior te reproché que fueras tan valiente, tan franca –siempre sonriente– y lloré como un niño desamparado.

La felicidad, aunque se nutra de cortos momentos, se escribe con más de nueve letras. Como aquella mañana de septiembre cuando acudimos a la playa no sé cuántos años atrás. Era un día grisáceo, estaba medio lloviendo, pero insististe tanto que accedí. ¡Cómo negarte nada! Y luego, allí, te empeñaste en construir un castillo de arena. Los dos solos, a pocos metros de la orilla. Hicimos el castillo más bonito que he visto en mi vida, te lo aseguro. Puedo contártelo una y mil veces, no me importa, pues te prometí que guardaría en mí, como si de una caja fuerte se tratase, los pasajes alegres que disfrutamos. ¡Y han sido tantos!

“¿Sabes cuándo van a terminar la rampa? Tengo ganas de ba-

jar a toda mecha por ella con mi silla de ruedas”, preguntas con esa sonrisa perenne que me dedicas cuando tratas de poner unos kilos de alegría a la existencia. Y yo te contesto que no te preocupes, que ya han comenzado la obra, que no es tal porque el ayuntamiento se demora en decenas de trámites, y disimulo unas lágrimas incontenibles al recordar que las barreras arquitectónicas te distancian del mundo.

Desde entonces, muchas veces, aunque tu mente esté lejos y no haya lumbre donde acurrucarme, aunque las palabras suenen huecas, imagino que tus manos rodean mi cara y me ofreces una caricia en el aire. Tu regalo. Y me conforta saber que me has acompañado desde aquel día en la marquesina. Y doy gracias por estar junto a la mujer de mi vida.

Mi amigo Agua

Joaquín Pereira Gouveia

Para mí, la muerte era un monstruo que se tragaba a las personas que salían de casa. Esa fue mi pesadilla recurrente desde aquella tarde en la que mi padre abrió la puerta para salir corriendo y subirse en una camioneta negra que lo esperaba. Antes me dio un beso en la frente y me dijo que le dijera a mi madre que tenía un llamado urgente del trabajo. La camioneta negra en mis sueños se transformaba en una masa oscura que masticaba a mi padre y lo engullía.

No sabía cuánto me había afectado su pérdida hasta que el primer día del retorno a clases me petrifiqué ante el marco de la puerta, todo empezó a girar y me faltó la respiración. Mi mamá inmediatamente me llevó a la tina del baño junto a buena parte de mis juguetes favoritos y me dejó largo rato relajándome y jugando. Allí comenzó mi amistad con Agua.

—Hola, soy Pedro, tengo Asperger y acabo de sufrir mi primer ataque de pánico, según dijo mi mamá cuando llamó por celular a mi tía.

—Hola, soy Agua, entré a tu casa por la tubería y me gusta viajar por todo el mundo.

—¿No es peligroso allá afuera? Una vez mi papá salió por la mañana y ya nunca volvió: el mundo se lo comió.

Sí, como todo niño, tuve un amigo imaginario. Algunos hablan con el picaporte de la puerta de su cuarto, otros con el bombillo, algunos con su zapato viejo favorito, a mí me dio por hablar con Agua. Normal.

Pasaron varios meses en los que no pude salir de la casa sin desmayarme. En las noches, Agua, dentro del vaso sobre mi mesa de noche, velaba mis sueños. Me contaba sus aventuras convertido en río cantarín o en fuerte ola marina. Se enorgullecía de sus poderes mágicos pudiendo transformarse a voluntad en vapor para elevarse hasta el cielo para luego caer en picada en forma de copos de nieve o gotas de lluvia.

Y fue precisamente una tarde de lluvia cuando pude salir al jardín. Agua tocó a mi ventana transformado en cientos de gotitas y me invitó a salir. Al abrir la puerta, un charco me dio la bienvenida sobre el tapete donde escrito al revés en inglés se leía: *Welcome*.

Poco a poco, fui empapándome de Agua como si fuera un escudo protector sobre mis ropas. Abrí los brazos en forma de aspas y esta vez fui yo el que giró mientras el mundo permaneció sereno bajo mis pies.

Cuando mi madre llegó de hacer las compras en el supermercado me vio jugando bajo la lluvia y corrió a abrazarme. Agua se asomó en sus ojos en forma de lágrima dándome un guiño.

Cuando volví a la escuela decidí aprender todo sobre mi amigo Agua: en latín lo llaman *aqua*; sus moléculas están formadas por átomos de hidrógeno y oxígeno –dos del primero y uno del segundo en cada una–; ocupa el 71% de la superficie del planeta, mayormente en forma de océanos en 96,5%; los casquetes polares tienen un 1,72% y el resto, apenas un 0,04%. Lo vemos en lagos, ríos y seres vivos. Algunos dicen que mi amigo también viaja sobre cometas...

§

Pasaron algunos años sin que volvieran los ataques de pánico ante los espacios abiertos. Mi amigo Agua me acompañaba en las fuentes de las plazas, en las sopas del almuerzo o en los lavamanos de cada baño que utilizaba. Me sentía seguro y protegido.

Pero cuando cumplí quince años, una sequía fuerte azotó mi país. Por varias semanas no llovió una gota, en todos los locales restringían los sanitarios, las fuentes dejaron de cantar en los parques. Mi amigo se notaba preocupado.

Una mañana muy soleada, cuando abrí la puerta de la calle, volví a sufrir la misma sensación de inseguridad. Busqué desesperado a mi amigo pero sólo veía plantas marchitas y tierra cuarteada. Mi boca estaba seca y comencé a marearme.

Cerré rápido la puerta y fui a la nevera para hablar con mi amigo Agua que se refrescaba en una jarra formando parte de una limonada fría.

Me habló de lo que había escuchado mientras caía a raudales en un país al otro lado del mundo causando destrozos involuntarios por deslaves de tierra. Todos hablaban del cambio climático de la tierra producto de la contaminación ambiental.

—La Tierra se está calentando mucho, Pedro, y ya no puedo usar mi magia de forma armónica. En algunos sitios, como ahora en tu país, me cuesta llegar y en otros lo hago en demasía.

—¿Qué puedo hacer para cambiar esto, amigo Agua? Tú fuiste el que me permitió volver a salir al mundo. Ahora quiero ayudarte yo a ti.

—No sé cómo puedes hacerlo. Sólo sé que todos están preocupados por mí en los polos del planeta. Allí me gustaba dormir

largo tiempo y ahora el calor me despierta y caigo en el mar a pedazos.

Luego de varios meses, la sequía disminuyó y pude volver a salir a la calle. La sensación de inseguridad crecía dentro de mí cuando el calor apretaba. Me acostumbré a llevar a mi amigo Agua dentro de una botellita para que me acompañara a todos sitios y parar los mareos cuando llegaban. Agua me hacía cosquillas en el estómago cada vez que lo tomaba para animarme y alejar las nubes negras de mis pensamientos.

Decidí que no quería volver a estar encerrado en casa ante próximas sequías. Cuando me gradué de bachiller decidí estudiar protección ambiental en la universidad. Ahora formo parte de un grupo de activistas que vamos por el mundo presentando a mi amigo Agua como un aliado de todos nuestros procesos vitales: limpieza, alimentación y disfrute.

Mientras escribo estas líneas, remojó mis pies en un riachuelo donde veo jugar a mi amigo Agua entre piedras. Estoy realizando el peregrinaje del Camino de Santiago. Sí, ya no siento miedo de salir al mundo. Sé que no me podrá comer, pues tengo el poder de hacer el planeta un lugar más seguro mientras pueda contar con mi amigo Agua.

Un plus de calidad

María Ángeles Herrero Gil de Muro

—A media noche en la plaza del centro comercial. Fiesta de disfraces de Halloween. Vete de Morticia. Yo iré de Sr. Adams.

La llamada tan telegráfica me había desconcertado. Ni tiempo de responder que se había equivocado tuve. Cualquiera sabe quién me había llamado. No sé cómo se viste la *Muertita* esa y no iré a ninguna fiesta de disfraces en ninguna parte y menos en un centro masificado y a media noche.

Así pensé en un primer momento pero aquí estoy. Nunca se sabe qué puede pasar. Quizá hasta me divierta pero, a ver cómo distingo yo a este señor Adams de una momia o del jorobado de Notre Dame siendo ciego. De momento intento no tropezar entre la muchedumbre que se mueve por los alrededores. Dicen que se ha desmayado alguien. No me extraña, ¡con el mal olor que hay aquí! Por un lado, los disfraces baratos que apestan. Por otro, los aromas mareantes que llevan algunas personas. Luego están los puestos de comida de la entrada, las palomitas con mantequilla... ¡¿alguien da más?!

He tenido que sentarme porque me ha dado una vuelta el cuerpo con los “aromas” y el ir y venir de gentes para un lado y otro. Si voy con el bastón me gritan porque algunas personas, con una copa de más, no distinguen un ciego de un tractor. Sin el bastón, soy hombre muerto. Por fin llego a la entrada pero el *chunda, chunda* del interior casi es peor que todos los olores de antes. Bien, me quedaré cerca, igual escucho algo y encuentro al tío raro ese...

Equilicuá. Ahí está preguntando por la *Maurilia*. Yo me acerco y ya veremos...

—Oye, majo —me hago notar tocando levemente su hombro.

—¿Es a mí?

—Yo soy la *Marciana* esa con la que has quedado.

—Morticia... ¿un tío, mayor y ciego? ¿Y la nena de los “melones” bien puestos que me ha dado el número?

—Ni idea pero puede pasar una de dos: o te ha engañado o, si la encuentras (como dice la canción de Aute), *entre los tres nos organizamos, si puede ser...*

Le hizo gracia mi comentario. Se presentó, me dio la mano y pasándome el brazo por los hombros comentó:

—Olvidemos a las chicas. Primero una cervecita. Tenemos toda la noche por delante. Y tú, ¿eres ciego de nacimiento o es por algún accidente...?

He de decir que me llevé una enorme sorpresa. Normalmente nadie me pregunta directamente por no hacer daño, por lástima, para no parecer curioso. En fin. No se tienen muchas oportunidades de hablar abiertamente. Y se lo conté todo. Del tirón.

Me pasó en primero de BUP. Es lo que tienen los quince. Demasiada energía. ¿Qué hacer para liberarte de esa excitación que te recorre el cuerpo a ráfagas? No sabes gestionarla y la gastas a lo bruto. En esa época yo era un poco cabeza rota y lo pagué caro.

Jugábamos en las escaleras del instituto. Arriba y abajo. A lo loco. De tres en tres, de cuatro en cuatro. ¡A ver quién salta más de una vez! ¿Alguien se atreve a saltarlas todas de un golpe? Y me lancé. Y entonces me saludó la chica que me gustaba y me quedé mirándola. De repente, en sus ojos noté que algo no iba bien. Me

giré todavía en el aire —todo en milésimas de segundo— y choqué sin control contra un pilar y todo se rompió para mí. Las piernas, un brazo, tres costillas y el coco. Se me rompieron los esquemas, el curso, la juventud y la vista...

Me costó muchísimo recuperarme físicamente de todas las lesiones. Pero el hecho de quedarme ciego no lo llevaba con calma. Me quejaba constantemente, me lamentaba de mi mala suerte, nunca quería salir ni con amigos ni con familia y me negaba a aprender a leer en braille o a usar un bastón. Así estuve mucho tiempo. Aborrecido de la vida y de mí mismo. Hasta que un día mi madre se hartó y me puso las peras a cuarto. O aquella situación cambiaba por completo o me tendrían que ingresar en algún sitio. Ya no podían más.

—Si quieres echar a perder tu vida y dejarte “morir”, no puedo hacer nada pero con la nuestra no vas a terminar. Si no trabajas, no te ganas la comida y tu trabajo es aprender a vivir en tus nuevas circunstancias que son muy difíciles para todos. Tú verás. Ya no podemos hacer más...

Y me lo dijo llorando a mares, ¡con un coraje...! Yo nunca había visto llorar así a mi madre (es un decir). Fue el empujón que me situó en la casilla de salida. Me di cuenta de que había perdido años enteros de vida. Pero las cosas no se arreglan de la noche a la mañana aunque pongas todo tu empeño en hacerlo rápido y me costó lo mío, ya lo creo, pero nunca volví a “dejarme morir”.

Necesité mucha perseverancia, mucha, mucha, muchísima para adaptarme a las limitaciones que tenía mi día a día. Esa adaptación, de alguna manera, me obligaba a prestar más atención al oído y al olfato. Analizaba cada uno de los sonidos. Me parecían nuevos. Escuchar a la gente sin ver sus gestos, ni el movimiento de los labios, me provocaba cierta “sordera”, no entendía bien algunas

cosas y comprendí que mucho de lo que hasta entonces creía saber no me servía para nada. Debía aprender a oír de nuevo. Otro tanto me pasó con el olfato. Detectaba a las personas por el aroma mucho antes de que hablaran. En el colmo de la ironía, a veces imaginaba ser un sabueso, obteniendo toda la información necesaria de mi entorno por los olores percibidos. Y tanto en los sonidos como en los aromas, encontraba matices en los matices.

Cuando me sentía al borde del precipicio y ya no podía más, me alejaba una temporada de casa y pasaba tiempo en soledad hospedado en un monasterio. Quería ser yo mismo sin el constante “pobrecito” que, inconscientemente, dejaban traslucir algunos familiares y amigos.

Comprobé que la vida monástica no era tan deleitosa como Fray Luis de León hizo creer en su oda. Se vivía con pocos lujos y ningún capricho. Se madrugaba mucho para rezar y trabajar en la huerta o la viña, decorando cerámica en los talleres, cocinando dulces para la venta o destilando licores y elaborando vinos en las bodegas. Los frailes consentían en que me alojara con ellos a cambio de que yo participase de todas las actividades de la comunidad, desde los rezos hasta la recogida de hierbas o la preparación de galletas. Algo era para consumo propio de la comunidad religiosa pero casi todo el producto final, era vendido y constituía la mayor parte de los ingresos del monasterio.

A pesar de todos mis avances, seguía sin gustarme estar en la calle rodeado de ruidos y de gente, por lo que mi respuesta a las propuestas de salir a tomar algo o ir a cenar o lo que fuese, era casi siempre una negativa. Mis temporadas en el monasterio, por tanto, cada vez fueron más largas. Allí no me distraía con otras cosas ni tenía que estar negándome a salir de casa con excusas. Conforme pasaba el tiempo y cogía confianza, de vez en cuando

hacía notar a los frailes detalles que me parecían curiosos sobre los aromas de los vinos, las galletas o el sonido al escanciar un licor. Y, en particular, el padre bodeguero quiso aprovechar esta ventaja.

Me dio a probar los vinos y licores producidos en el convento y los sometió a mis oídos y olfato. Yo comentaba mi opinión, desde el desconocimiento por supuesto, aunque al parecer no caía en saco roto. Pronto pudieron apreciarse nuevos matices de aroma y sonoridad de cuanto allí se procesaba. La musicalidad de un vino al ser escanciado o de un mantecado al partirlo con la mano o los matices sugerentes en el aroma de los licores y los vinos. Mi “magia”, como lo llamaban los frailes, daba un plus de calidad a sus productos del monasterio y las ventas habían aumentado.

Los frailes insistieron mucho en que educara mi olfato y mi oído y así lo hice. Mi “reputación” saltó los muros del convento y en poco tiempo fue conocida por todo el contorno. Pronto comenzaron a llamarme de aquí y de allá. Bodegueros, perfumistas, fabricantes de galletas, de cerveza... A todos prestaba mis sentidos y en todo dejaba mi sello.

Y finalmente acepté. Hasta entonces no encontraba un sentido a mi vida, no sabía qué podía hacer con ella ni a qué dedicarla y no asumía mi ceguera, solamente me resignaba a ser ciego. Ver era hermoso, pero no poder hacerlo ofrecía bellezas diferentes, solo debía prestar atención. Volví a encontrarme con lo que quedaba de mi vida anterior. A partir de aquel momento todo cambió. Me abrí a desconocidos y, gracias a una confusión telefónica, he tenido el humor de acudir a una cita que no me correspondía y te he “matado” la cabeza con mis historias.

En lo más hondo de mi pensamiento, al analizar las circunstancias que me llevaron a perder la vista, tomé conciencia de que no había olvidado a la chica que me gustaba y recordé que

siempre utilizaba un aroma de lirios. Ese detalle no lo comenté y me sorprendió enormemente tener tan presente su aroma, parecía que estuviera allí. Entre bromas y veras, romántico que es uno (aunque jamás reconoceré haberlo pensado siquiera), quise verla de nuevo, bueno, encontrarme con ella, con la última persona que vi, y a quien eché de mi lado, como a tantos otros, antes de aprender a desempeñarme con mi ceguera.

Entretanto, habíamos abandonado el local, lo que agradecí mucho. Nos sentamos en una terraza a tomar algo y justo en ese momento comenzaron a disparar fuegos artificiales asustando a todos los pájaros de la ciudad que volaron alborotados. Mira por dónde, uno de ellos se cagó de miedo en mi hombro. El tío comenzó a reírse.

—¡Qué suerte colega! Pide un deseo, hoy se te cumple...

—Sí, sí... menuda suerte, mañana tortícolis. Miraré todo el rato hacia el otro lado para no oler el regalito —exclamé, mientras movía los brazos, muy teatralmente, como un molino de viento furibundo.

—Tranquilo... Da buena suerte, como te ha dicho el muchacho.

Creí tener alucinaciones y me volví como un rayo. Cerré los ojos en un acto reflejo, para percibir mejor el aroma que acababa de percibir. Ahí estaba. Era la camarera.

—No los cierres. Son los ojos más bonitos del mundo y hacía mucho que no los veía...

El mero hecho de percibir su olor, otorgaba a mi vida un plus de calidad. Me vi sorprendido en medio de la vida, del mundo, de la noche. Mi humor, mi sostén emocional, quedó en suspenso no sé si segundos o siglos y, finalmente, vino en mi ayuda.

–Bueno, chaval, eso que dije antes de que entre los tres nos organizamos, no puede ser.

El viaje de Lluna

Javier Terrón González

La extraña silueta que apareció entre las nubes surcaba el aire iluminada por los rayos del sol. Una vez que descendió hasta casi tocar el suelo, Superwoman se abalanzó sobre los villanos mientras ellos hacían lo imposible por librarse de aquella heroína a la que toda la ciudad deseaba ver en acción...

—¡Lluna! ¿Puedes recoger ya tus juguetes?

—Jo... Estaba salvando a la ciudad de los malos... —decía Lluna a punto de estallar en un berrinche.

—Vamos Lluna... El tío Fran ya está aquí, ¿no tienes ganas de saludarle?

Lluna empezó a recoger todos sus juguetes un poco desanimada. En su mente, la de una niña de 4 años, saludar al tío Fran no era más importante en absoluto que salvar a la ciudad del escuadrón de villanos que había creado sobre la alfombra de su habitación. A los pocos minutos, aquella preciosa niña de pelo rubio y ojos marrones salió de su cuarto con los brazos tiesos junto a la cintura. Caminaba arrastrando los pies y con una mueca forzada en el rostro que transmitía su disconformidad con la decisión de dar por terminada la batalla.

—Pero... ¿Quién es esa princesa tan guapa que viene por el pasillo? —preguntó el tío Fran desde su silla.

El padre de Lluna esperaba en el umbral de la puerta de la calle, con su hermano pequeño de la mano mientras éste miraba la bolsita de galletas de mantequilla que sostenía en la otra. La madre apareció de la nada, cargando una bolsa llena de bultos.

—No me gustan las princesas... —dijo Lluna apenas sin mover los labios y haciendo estallar en un ataque de risa a sus padres.

—Creo que os irá muy bien —dijo su madre riendo mientras se acercaba a la puerta de la calle.

—No quiero que os vayáis... No quiero que os la llevéis... —susurró Lluna, girando su torso de lado a lado, dejando que sus brazos relajados se bambolearan a su alrededor con la inercia de sus movimientos, con una mueca de disgusto en el rostro.

—No te preocupes mi amor, volveremos antes de la hora de la cena. El tío Fran jugará contigo mientras tanto —dijo su padre saliendo de la casa y cerrando la puerta tras de sí.

Una vez a solas, Lluna apenas dirigió la mirada a su tío, que se esforzaba por encontrar una actividad que compartir con ella. Ni toda la colección de puzzles de animales ni sus libretas de colorear sirvieron para que la mueca de la cara de Lluna desapareciera. En un momento dado, Lluna mencionó que se sentía triste porque ella no era una princesa, lo que a ella le gustaba era el mundo de los superhéroes, pero sus padres acababan de llevarse su juguete preferido, el muñeco de Superwoman. “Ya es hora de reciclar algunos juguetes”, decía su madre. Al mencionar el asunto, el tío Fran supo de inmediato cómo resolver la situación. “Vayamos a recuperar a Superwoman” había dicho, y los ojos de Lluna habían vuelto a brillar como almendras centelleantes. En un abrir y cerrar de ojos, cogieron sus cazadoras y salieron juntos a la calle.

El tío Fran sabía que su hermana seguiría la tradición de su madre, según la cual cada cierto tiempo era conveniente llevar algunos de los juguetes de sus hijos a la tienda de artículos de segunda mano para que otros niños pudieran jugar con ellos.

Si era por solidaridad o por mera reorganización de las habitaciones infantiles, eso era otro asunto. Pero estaba seguro de lo que debían hacer: tendrían que desplazarse hasta la otra parte de la ciudad donde estaba aquella antigua tienda, preguntarían por Superwoman y volverían por donde habían venido, con la sonrisa de Lluna por bandera. Sería coser y cantar.

La primera parada era la estación de tren, pues el tío Fran no podía conducir. En compensación, se desplazaba muy rápidamente, al menos eso le parecía a Lluna, que al llegar a la estación se vio sorprendida por la cantidad de gente que entraba y salía a aquella hora de los trenes, cuyos motores rugían cada vez que se ponían en marcha. Allí el tío Fran le presentó a Roberto, un tipo bastante normal pero que tenía ciertas habilidades que engatusaron a Lluna desde el primer momento, pues podía comunicarse con las manos en lugar de con la boca. “Una habilidad muy conveniente para trabajar en un lugar tan ruidoso” señaló su tío. Se habían acercado hasta su posición, al lado de la máquina de venta de billetes, y el tío Fran había hecho varios gestos con la mano que fueron respondidos con una sonrisa acompañada de otros gestos por Roberto. Al despedirse, el tío Fran dijo “nos vemos en el centro” haciendo a la vez una serie de señas.

“¿Qué te ha dicho?” preguntó Lluna. “Me ha dicho que el tren que debemos coger para encontrar a Superwoman es ese de ahí”, respondió el tío Fran, “y que tengo una sobrina preciosa” dijo sonriente mientras sacaba el billete hacia su destino. Al acercarse al tren, el tío Fran le indicó que ellos accederían por una entrada muy especial, una entrada que a Lluna le pareció mucho más que eso: al acercarse al tren y pulsar un botón, una plataforma apareció de la nada; los dos se subieron en ella, y

después flotaron hasta el interior del tren. Lluna estaba entusiasmada.

Camino a su destino, el tío Fran le dijo que haría un par de llamadas para asegurarse de que tendrían éxito en su misión y encontrarían a Superwoman. Lluna estaba mirando el paisaje tras la ventanilla cuando dijo “somos una pareja de superhéroes excepcional... y yo soy tu ayudante... como Robin o Kid Flash. ¡La ayudante del SuperTío! Aunque... bueno... Los ayudantes siempre ayudan a los superhéroes o les salvan cuando están en peligro. ¡Pero tú no lo necesitas porque eres el SuperTío!”. Y entonces se abrazó al regazo del tío Fran. Éste, con una sonrisa y media lágrima asomándole en el rostro, sacó su teléfono móvil y marcó un número. “Llamaremos a mi amigo Luis. Luis es una persona muy especial que nos servirá de mucha ayuda. Verás, Luis tiene algunas dificultades para comunicarse con las personas que no conoce, y tiene algunas manías”. “Como yo cuando no recojo mi cuarto? Mamá siempre dice “¡qué manía de dejarlo todo patas arriba!” gritó Lluna alzando las manos al cielo. El tío Fran rio, y le explicó que era algo así, pero que sin embargo tenía una memoria prodigiosa y era capaz de recordar todas las direcciones de las tiendas de la ciudad. Una vez hecha la llamada y con la información ya en su mano, el tío Fran se despidió diciendo “nos vemos esta semana en el Centro”. Lluna preguntó qué era eso de “el Centro”, y él le respondió que se lo contaría en otro momento porque debía hacer otra llamada, “es por un asunto de superhéroes...” le dijo a Lluna guiñándole un ojo mientras pulsaba el contacto de Ramón en su agenda. Al poco rato habían llegado a su destino y volvieron a descender del tren con ayuda de aquella rampa mágica. Frente a ellos se desplegó un hermoso parque lleno de flores y árboles. El tío Fran saludó a una mujer que daba de comer a las palomas sentada en un banco. “Oh, ¡hola Fran!” respondió

ella. “¿Qué haces en esta parte de la ciudad?”. “Estoy con mi sobrina Lluna en medio de una misión secreta para salvar a una amiga” dijo mientras sonreía a Lluna con complicidad. “Hola Lluna, espero que tengáis mucha suerte”. A Lluna le sorprendió que llevara unas gafas tan oscuras, pues apenas hacía sol... Quizás por eso no la había visto cuando le habló mirando hacia el hueco vacío entre ella y su tío.

“Emma, no sabrás si han pasado por aquí hace poco mi hermana con su marido y su hijo, ¿verdad?”. “Llevo aquí sentada toda la tarde” dijo ella, “y hace al menos una hora, ha pasado cerca de aquí una familia con un niño pequeño... Me sorprendió que olían a mantequilla”. “¡Las galletas de mi hermano!” exclamó Lluna. “Bien, eso quiere decir que vamos en buena dirección” dijo el tío Fran. “Nos vemos en el Centro” dijo y ambos reanudaron su camino hacia la tienda, que estaba una manzana más allá.

Cuando por fin llegaron a la tienda, el tío Fran se detuvo y dijo “hemos llegado. Yo te he guiado hasta aquí, pero el resto del camino deberás recorrerlo sola. Yo no puedo ayudarte...”. Frente a ellos, un tramo de diez escaleras separaba su posición del lugar donde estaba Superwoman. Lluna se quedó pensativa y, de pronto, su rostro adoptó un matiz más cercano al de una heroína a punto de abordar un escuadrón de villanos que al de una niña pequeña. También había algo de miedo pero, ¿acaso los héroes no lo tienen? Decidida, apoyó su pequeño pie sobre el primer escalón y poco a poco se alejó del tío Fran hasta llegar a la puerta de la tienda. Al entrar, un escalofrío recorrió su frágil cuerpo, pues la tienda estaba oscura y llena de disfraces, juguetes viejos y peluches gigantes que a Lluna le parecieron auténticos malvados como los de las películas. Un chico un poco mayor que estaba un pasillo más allá accionó uno de los

juguetes, que emitió un sonido estridente asustando a Lluna, que sin darse cuenta retrocedió un par de pasos y tropezó con una estantería. El golpe la hizo reaccionar, e instintivamente miró hacia la parte de arriba de los estantes donde empezaba a deslizarse una caja repleta de juguetes. A punto estaba de caerle encima cuando un brazo de hierro se interpuso entre su cabecita y la enorme caja de juguetes. Lluna se quedó perpleja y desvió su mirada hasta el extremo de aquel brazo metálico, que con una fuerza sobrehumana sostenía aquella pesada caja de juguetes, donde vio a un hombre con una gran sonrisa mirando hacia ella. “Vaya susto, ¿eh? Por suerte no ha pasado nada” dijo el hombre amable mientras extendía su brazo, devolviendo la caja a su lugar original. Aquel hombre le había salvado la vida, o eso pensó Lluna mientras observaba un cartel en su camisa que ponía “Ramón”. El hombre no dejó de sonreír en ningún momento, se dio la vuelta y cogió algo de otra estantería. “Creo que esto es tuyo” dijo Ramón sosteniendo en su mano el muñeco de Superwoman. “Dile a tu tío que le veré en el Centro” le había dicho Ramón al despedirse. Lluna estaba atónita, aquel hombre del brazo de hierro le estaba entregando su bien máspreciado, su juguete preferido, el que la acompañaba durante las noches haciendo que soñara cosas bonitas y que nada ni nadie entrara en su habitación hasta que ella abriera los ojos. Como una auténtica heroína, Lluna salió de la tienda sin pisar el suelo; flotaba sobre él. Al final de las escaleras el tío Fran aguardaba sentado mientras ella descendía sonriente peldaño tras peldaño.

Camino de vuelta, Lluna había presionado a su tío para que le contara qué era ese Centro tan misterioso, y por qué todos los que lo conocían tenían habilidades tan especiales. “Algún día te invitaré a verlo por ti misma” le había respondido, dibu-

jando así una sonrisa que se mantuvo ocupando gran parte de la cara de Lluna durante el resto del día.

Una semana después, cuando Lluna llegó a casa del cole su madre estaba leyendo en el sofá y sobre su cama le esperaba una caja envuelta en papel de regalo azul con un lazo amarillo enorme. “Ha llegado ese paquete para ti, parece un regalo muy especial” le dijo su madre levantando la vista por encima del libro “Vivir con el Síndrome de Down”. Lluna se sentó sobre la cama y abrió su regalo. Superwoman observaba la escena, sentada en la estantería a la derecha de la cama junto a una figura de Spiderman y un cómic de Marvel. Desató torpemente el lazo y al quitar la tapa encontró un traje de superheroína azul, con un cinturón y unas botas de color amarillo y sus iniciales de color rojo en el pecho sobre un círculo amarillo también. Bajo el traje encontró la capa de un color rojo intenso que brillaba con los rayos de sol que entraban por la ventana abierta. “¡Mamá, mamá! ¡Esto es fantástico! ¡Mamá!” gritaba Lluna repleta de felicidad. En el fondo de la caja descansaba un pequeño sobre con una carta firmada por su tío:

“Este traje es para ti, Lluna. Para que nunca olvides que puedes ser lo que te propongas, y que no hay ningún superhéroe en ningún cómic o película con la valentía que mostraste tú durante nuestra misión secreta. Por eso, y con el permiso de todos mis amigos, te invito a venir al Centro donde podrás compartir tus aventuras con Roberto, Luis, Emma, Ramón y muchas otras personas, que te contarán muchas cosas divertidas y algunas de sus aventuras. Lo pasaremos en grande. Te quiere, el tío Fran”.

Lluna se probó el traje sintiendo una alegría sin precedente al pensar que por fin podría conocer a todas aquellas personas tan especiales. Una vez puesto el mono, el cinturón, las botas y

la capa se miró al espejo sobre la pared junto a la cama. Por la ventana se coló una cálida ráfaga de aire que hizo que la capa se elevara unos centímetros y ondeara tras la espalda de Lluna. Entonces, un pensamiento quedó grabado en el subconsciente de aquella preciosa niña mientras ella apreciaba su reflejo con sus ojos rasgados: a partir de aquel momento, Lluna podría llegar a ser lo que ella misma se propusiera.

Cortinas

Pablo Catalá Vilanova

Pienso en lo que más recuerdo de su mirada.

El mundo debería dejarnos en un lugar concreto. Reservarnos un espacio sólo para nosotros situado entre el tiempo y la tierra. Permitir que cada persona tuviese unas coordenadas que le perteneciesen solo a ella. Ese sería nuestro lugar y, como si fuésemos ordenadores, podríamos volver a él para restaurarnos. Decidir un punto de partida al que volver para poder empezar de cero. Poder cambiar el momento que lo cambió todo.

El día que tuviste un accidente o el que conociste a esa persona en la que estás pensando mientras me lees. Todos tenemos ese instante. Si pienso en mí vienen a mi memoria un par de recuerdos a los que volver, pero si pienso en mi padre ese momento sería el día en que empezó a perder la vista. No me cabe la menor duda. Aquel día en el que el encargado le pidió que terminara un par de piezas más. Siempre se ponía las gafas de protección, pero ese día tenía prisa. Había quedado y cuando le dieron el último mandado ya estaba terminando de cambiarse por lo que decidió volver con lo puesto. Ni siquiera se quitó las gafas de sol.

Me contó tantas veces lo que ocurrió que todavía puedo volver a vivirlo. Explicaba cómo soldando esa última pieza saltaron varias chispas sobre el pelo, algunas rozaron las mejillas, otras frisaron los hombros, pero hubo unas cuantas que inclementes se hundieron en sus ojos. Cada vez que hablaba de ello contaba sus sentimientos. Apreciaba aquel dolor agudo, para él ya

familiar, que notó bajo sus párpados. La débil confianza de que no fuese nada. La rabia de ver que el taller no tardó en lavarse las manos. Luego, siempre aparecía un pesar que lo paralizaba. Lo dejaba sin palabras un instante. Aquel tren de juguete que estaba soldando cuando ocurrió todo y que entonces volvía a aparecer en sus manos.

Si hubiese existido eso que llaman justicia aquel habría sido el momento al que cogerse. Pero de existir no tendría que haber pasado por decenas de operaciones, tanta penuria, la desesperación de haber formado una familia a la que sentía que dejaba tirada con una mujer que tuvo que ser cada día más fuerte, un pequeño de pocos meses y un camino más oscuro que incierto.

Yo llegué mucho más tarde. Cuando él había conseguido doblegar un poco su destino. Siendo pequeño preguntaba mucho. Creo que demasiado. Si estaba con mi padre, mi curiosidad giraba siempre entorno a su ceguera. Quería saber el porqué del color blanquecino de sus ojos. Por qué casi nunca tropezaba. Cómo sabía si alguien sonreía. Qué es lo que más echaba de menos... Recuerdo muchas conversaciones, pero sobre todo recuerdo la respuesta a esa pregunta. Lo que más echaba de menos era algo que nunca había pasado. Poder saber cómo éramos sus hijos. Echaba de menos poder describir nuestro pelo, nuestra manera de caminar o de sonreír. Esas cosas que la mayoría asumimos como normales y que en otros casos son privilegios.

Su única manera de vernos era tocándonos. Yo me quedaba quieto y sentía cómo sus manos palpaban mi cara con un tiempo pausado. Como líneas escritas en Braille sobre la piel. Entre mi ignorancia y mi inocencia me preguntaba cómo debía ima-

ginarme. Me resultaba curioso que al sentirnos cerrara los ojos como si lo necesitara para concentrarse, como si haciéndolo volviese a ver, y eso me provocaba muchas dudas sobre cómo percibía nuestro mundo. Porque tenía claro que su mundo era muy distinto.

Jugando caminaba a su lado sin hacer ruido. Pasaba la mano por delante de sus ojos y esperaba alguna reacción. Tal vez, que reconociera que todo había sido una broma y realmente lo veía todo a la perfección, pero eso nunca pasó. Al final yo era tan solo un niño que jugaba y aprendía cómo era su padre. A pesar de la especial normalidad de su ceguera yo acababa haciendo un juego de todo y me ponía un pañuelo en los ojos para recorrer la casa a ciegas. No aguantaba más de unos minutos. Lo justo como para empezar a sentir el miedo que te cubre y te empapa cuando no controlas lo que te rodea. Después le miraba fijamente. No podía ni imaginar toda una vida así. No soy tan valiente.

Al crecer comprendí que aquel, el nuestro, fue el único lugar que se adaptó a Miguel.

El mundo no se amolda a nadie, es egoísta. Ni siquiera sabe que existimos. Solo piensa en avanzar y no mira atrás ni se da cuenta cuando alguno de nosotros tropieza y se separa del resto.

El día que le dijeron a mi padre que el daño en el nervio óptico era irreversible el resto del mundo siguió caminando y él tuvo que aprender todo como si volviese a nacer, pero sobre una escalera mecánica que iba siempre en dirección contraria. Aprendió a comer, a vestirse, a escuchar lo que antes no escuchaba, a coger la mano de mi madre más firme todavía. Pero sobre todo aprendió que cada vez había más muros que

le rodeaban. Los que ya conocía parecían ahora más sólidos. Los otros, los que estaban antes, eran unas blancas y pesadas cortinas hilvanadas de decepciones. Crecían donde menos lo esperaba.

Todo se convirtió en una prueba más. Un examen para el que nadie está preparado. Cuando algo así ocurre nuestra mente se hace fuerte. Se protege y, como si fuese una madre, guarda bajo sus alas la parte del cuerpo que más lo necesita: la memoria. En la suya se quedaron muchas imágenes guardadas con la intención de no cambiar nunca más.

El día a día se convirtió en luchar contra esa escalera que solo servía para subir. Un peldaño. Su casa seguía siendo igual, pero ya no era la misma. El irrelevante color de las paredes le cedió el protagonismo a contar el espacio entre la silla y la puerta o entre el baño y la cocina. Los tropiezos eran maestros tozudos y un hilo de coser dejado caer desde cada dintel pasó de ocurrencia a ser una buena ayuda. Ponerse pasta de dientes, encender un cigarrillo, afeitarse, cambiar una bombilla. Pequeños detalles que conseguían que a pesar de todos los pasos hacia atrás siempre hubiese uno hacia delante.

Una vez redescubrió su casa volvió a salir a la calle de la mano de mi madre. Un nuevo peldaño. Como había ocurrido con todo lo demás las calles tampoco eran ya las mismas. Se habían desdibujado diluyendo sus fachadas como un lienzo mojado. Tuvo que aprender a medirlas en pasos. Setenta hasta el semáforo. Ocho al paso de cebra. A la izquierda un buzón, justo frente a la peluquería de Pepe.

Mientras todo esto ocurría también tocaba aprender a querer, pero en esa lucha los ciegos eran los demás.

¿Dónde está el infinito cuando eres ciego? Inconscientemen-

te cerraba los ojos para buscarlo. Llegó a necesitarlo mucho. Las puertas se cerraban cuando buscaba ayuda y los amigos se desnudaban para que los viera como realmente eran, unos absolutos desconocidos. La familia no se salvó tampoco y fue menguando hasta ser tan solo unos pocos. El infinito es un buen lugar para escapar.

El tiempo tampoco esperó y fue transcurriendo hasta que apareció la suerte en forma de papel. Unos pequeños pedazos de papel que cada noche a las nueve traían dinero bajo el brazo. <<*Hay cupones para hoy. No, señora. No vendo ciegos, vendo cupones. Me queda la niña bonita. ¿Quiere un número agraciado? Solo tengo el que toca, pero es muy feo*>>. La fortuna disfrazada en su sonrisa le acercó de nuevo al mundo. Se sentía útil de nuevo. Parte de algo que le hacía sentir que valía la pena intentarlo, pero con suficientes trabas como para no olvidar de dónde venía. Billetes falsos, cupones que daban como premiados sin serlo, un *te lo pago mañana* que nunca se cumplía. Por suerte, aunque no dejaba de subir, a veces al final de un tramo de su eterna escalera encontraba un rellano en el que descansar.

Pasaron veinte años como si nada, como decía el tango de su amado Gardel. La familia fue creciendo y fuimos llegando los demás para formar parte de su especial normalidad. Sus pasos eran los nuestros, sus trucos nuestras sorpresas. Me encantaba la imagen de mi madre explicándole los silencios de una película. Yo, por mi parte, me convertí en su lector particular. Dejó el colegio a los trece y, aun así, de su mano descubrí a Verne, a Balzac, a Machado. La *Odisea* se escribió en mis labios y revivió en sus oídos. Fue su manera de seguir viviendo sus pasiones. Después llegaron Vivaldi, Debussy y un sinfín de notas que nos hacían volar. Viajar era cosa de otros pobres. Luego me

devolvía el favor regalándome cuentos cada noche. Diría que fueron miles, pero si no lo fueron no importa. Él hizo que así lo sintiera.

Echo de menos cuando me tocaba la cara como si me la moldeara. Nunca supe cómo describirme para que supiera cómo era. Al final todos somos recuerdos. Olores, sensaciones, sabores, pero todavía no sé cómo se guarda una cara que nunca has visto. Nosotros nos habíamos hecho a un mundo que él nunca dejó de sentir incompleto.

Cuando se fue nos fuimos con él. Todavía recuerdo la sensación de que el mundo debería saber que lo había perdido. Aunque suene absurdo se puede odiar al mundo.

Hacía mucho viento. Las ramas arañaban las ventanas del hospital mientras yo no dejaba de mirarle. No hizo falta cerrarle los ojos. Siempre me he preguntado si siguió contando los pasos para llegar donde fuera que se marchase.

El mundo debería de haber dejado un lugar solo para él. Para que pudiese encontrarse o al menos encontrar ese momento en el que restaurarse, arreglarlo todo y empezar de cero. Estoy seguro que él volvería a aquel momento en el que perdió la vista (aunque siempre sintió que se la quitaron) o a lo mejor querría cambiarlo todo por saber la respuesta a aquella pregunta. Saber cómo somos. Tener la suerte que tuve de poder guardarle en mi memoria.

Lo que más recuerdo de su mirada es cómo sonreía.

Pescado

Luis María Henares Cebrián

Sin duda, no hay progreso.

Charles Darwin

Puede parecer estúpido, pero envidio a los peces. Sobre todo, su mirada. La mayoría no tiene párpados, aunque quieran, no pueden cerrar los ojos y dejar de ver. Y, en segundo lugar, tienen los ojos a los lados, su campo de visión es mucho más amplio, nosotros solo podemos ver lo que tenemos enfrente. Quizá por eso, y por las heridas, que duelen más en contacto con el aire que con el agua, me siento desde hace tiempo más cómodo con ellos.

Lo pienso todos los días cuando preparo las aletas, las dejo en el borde alineadas, me aprieto bien el chaleco, ajusto los plomos, compruebo el regulador y escupo dentro de las gafas para limpiarlas y que no se empañen.

Desde dentro, lo de fuera es otro mundo, resulta curioso ver cómo los visitantes te tratan como un espécimen más al que jalean y te siguen curiosos saludando desde el otro lado del cristal.

Cuando cierran las puertas, sale el público y es el turno para el mantenimiento. Llega la calma total. Reviso las válvulas, compruebo la oxigenación de los acuarios y alimento a esos que no forman parte del espectáculo de los turistas.

El personal se divide en dos: los de ahí afuera y yo. Quizá porque estoy dentro sea uno de los pocos que se da cuenta cuál

es una de las labores menos valoradas, la limpieza de los cristales. Alguien se tiene que encargar de que queden cristalinas esas superficies que nos separan. A los que lo hacían no les solía poner cara, porque cada vez venían unos distintos, los había que escuchaban música o hablaban por teléfono, mientras frotaban desganados el catálogo de huellas digitales, las babas de los niños que boquean imitando a los peces pegados a la pared transparente, los roces grasientos de las cabezas que se chocan con el cristal para hacerse un *selfie*.

Ella me llamó la atención. Ajena a todo, limpiaba con dedicación absoluta con aquella gamuza naranja. Metódica, seguía una línea imaginaria y luego repasaba por donde había venido. Acercaba su cara y le daba igual mi periplo dentro del estanque. Era también curioso que no estaba sola. Otra le acompañaba cada tarde, estaba de brazos cruzados mientras parecía que hablaba con ella.

Uno de los días que iba a hacer unas curas a un espetón que tenía un corte de alguna refriega, pasé por primera vez a su lado.

–Lourdes, mira por aquí. Esto te falta –le decía la otra mujer.

Ella se afanaba en dejar los bordes perfectamente perfilados.

–Por ese lado, por ahí, por el aluminio, que quede brillante.

Seguía intentando llegar a todos los rincones. Menudas exigencias tenía la que no movía ni un dedo. No pude menos que intervenir.

–Si lo está haciendo muy bien. Vamos, que mejor no se podría hacer –dije, conciliador.

–Sí, claro que se puede hacer mejor, ¿no ves que han quedado ahí unas manchitas? Perdona, no nos han presentado. Ella es

Lourdes y yo soy Aurora, su preparadora laboral. Queremos que lo haga lo mejor posible. La semana que viene ya estará sola y tiene que apañárselas, y hay que exigirle como al que más.

Asentí, avergonzado por la condescendencia. Y entonces vi aquellos ojos que condensaban todos los colores del mar detrás de unas gafas que ejercían de ojo de pez, y aquella sonrisa leve y perenne. Nos dimos un par de besos y ella me abrazó. Yo me quedé sin saber muy bien qué hacer.

Al despedirme, me di cuenta. Era del programa, el que dijeron a principios de año. Iban a incorporar a la plantilla a personas con discapacidad intelectual. La verdad es que yo había tenido poco contacto, más allá de alguna visita que habían hecho al acuario los de un centro. Les di una charla. Fue decepcionante para ellos y para mí, porque no abandoné aquel tono absurdo que se pone con los niños.

Si escarbaba en la memoria sí salía un nombre, José Luis. Tendríamos seis o siete años, él era espigado, delgado, mucho más alto que los demás, callado y con movimientos sutiles. Recuerdo cómo a la hora del recreo, el baño maloliente se convertía en su cuarto de torturas a manos de algunos, aquellas crueldades. Cuando se iban, alguna vez, a escondidas para no enfrentarme a ellos, le ofrecía un trozo de mi rosco de azúcar envuelto en papel de aluminio. Los ojos vidriosos se aliviaban y comía con la mirada perdida. Espero que todo eso, ahora, haya cambiado.

No sé si la curiosidad, o algo más desconocido, hizo que cada vez coincidiera más con Lourdes. Sus pasos vacilantes desde los tanques hasta el túnel central contrastaban con la pericia marcial con la que hacía su trabajo. A veces charlábamos, y más

de una vez me dejaba descolocado, como la vez que le pregunté que si le decía todos los nombres de los peces del acuario, si los recordaría de memoria para siempre, como pasaba en las películas, me contestó que no, que por qué iba a acordarse de todo eso. Descubrí que nadie la traía y la llevaba al trabajo como pensaba, sino que venía en el autobús en la línea 192 y que hacía veintiséis paradas, si pulsaban el timbre en todas. Me enteré que venía tan arreglada los viernes para salir con el grupo de actividades, iban sobre todo al cine y a un restaurante chino que hay junto a la bolera, la película siempre le daba un poco igual, aunque le gustaban sobre todo las de risa. Supe que le encantaban los gatos, pero que le daba miedo que le arañaran. Aquel año había podido votar por primera vez por una nueva ley o algo así, aunque ya tenía edad para haberlo hecho un par de veces. En nuestras charlas, hablándole de los ejemplares que había en los distintos recintos, le expliqué la variedad de tiburones: el tiburón toro, el puntas blancas, el martillo, el cebra... no comprendía por qué llamábamos a seis tipos de tiburones con nombre distinto, si todos, al fin y al cabo, eran tiburones.

Las charlas, las confesiones, me llevaron a querer visitar con ella el otro lado. Con la excusa de la importancia de la limpieza de los cristales. Sugerí a la dirección del acuario que había que dar un paso más. No solo tenía que haber un servicio exterior, sino que también había que limpiar los cristales desde dentro. Me dieron el consentimiento. Ahora solo faltaba la otra parte, así que llamé a Aurora para preguntarle. Lo que te diga ella, a mí que me cuentas, contestó ajetreada desde el otro lado del teléfono. Así que se lo propuse. Lourdes me dijo que ella solo sabía nadar, y enlazó la frase con una risa nerviosa y contagiosa. Le dije que si quería la próxima semana tendría todo preparado.

Y allí apareció aquel jueves. Le expliqué cómo tenía que respirar, cómo yo iba a acompañarla en todo momento y, justo cuando íbamos a meternos al agua, cogió su mochila y la sacó. Era una cola de pez. Unas mallas plateadas cosidas por la mitad y que acababan en una aleta. La tela estaba tachonada de lentejuelas, ante mi asombro me explicó que la había hecho con sus compañeras en el taller de costura. Le dije que quizá no sería lo más cómodo, pero ella se empeñó en que era lo mejor para estar sumergida y no pude negarme. Ya metidos en el tanque, revisé todo y le di sus gafas. Me dijo que no, que no iba a usar gafas, quería ver como veían los peces, sin nada entre medias, ya, pero es que nosotros necesitamos gafas no tenemos los ojos igual, que no, que no hace falta, me aseguró, en el mar buceo sin gafas y se ve como con niebla, pero no pasa nada. Tú qué quieres ver, como se ve de verdad o con las gafas, me dijo. Al final, reconocí sus argumentos e hice la inmersión más especial de mi vida. Lourdes braceaba suavemente con la tranquilidad que nos transmitían aquellas especies en el medio artificial en el que nos encontrábamos que nos parecía tan propio. La placidez de lo ingrávido.

Cada día recogía antes los restos de comida del recinto Caribe para reunirme con Lourdes. Comprendí que lo que yo consideraba como mi refugio había cambiado de lugar.

Aurora, siento volver a llamarte, es que no sé cómo preguntártelo. Vamos, que si alguna vez os han pedido ayuda al respecto. La oí como se sonreía al otro lado del teléfono, pues igual que con lo del buceo, pregúntale, pregúntale. Y así fue cómo frente al acuario de las hipnóticas medusas, me atreví a preguntarle si quería que un día quedáramos juntos. Ella me dijo que sí, que si me quería ir con ellos con el grupo de ocio

que encantada. No, no es eso. Lourdes, me refiero a salir tú y yo juntos, como... como novios, completó ella la frase, y empezó a reír con una risa que rebotaba por los cristales. Es que, es que yo ya tengo novio, se llama Jaime, le conozco del centro, es jardinero; pero si quieres puedes ser mi segundo novio, cuando ya no quiera a Jaime, pues ya podemos ser novios. Claro, parecía lo más lógico.

Y así siguen mis días, coincidiendo con alegría y con cautela de no ahogarme cuando es la hora de la merienda. Me sonrío, por la más dulce y salada de las derrotas.

Desde dentro del tanque, he comprendido el mecanismo de los telescopios. Suman sus lentes y puede acercarnos lo más lejano, las gafas gruesas de Lourdes multiplicadas por el vidrio de los acuarios me han permitido acercarme a una mirada astronómica, no igual, pero tan interesante como la de los peces.

Una tarde de película (sin cine)

Germinal García Ramírez

El centro comercial se encontraba abarrotado de jóvenes. Al parecer, la asequible oferta gastronómica a base de precocinados congelados de las franquicias de comida rápida constituía un reclamo ineludible. En aquel avispero sabático, un par de adolescentes daban cuenta de sus respectivas hamburguesas con sendas raciones de patatas fritas aderezadas con salsa y todo ello acompañado por el refresco azucarado de rigor. Uno de los muchachos devoraba con ahínco el menú; el otro, por contra, consumía sus patatas como si estuviera jugando una partida de jenga.

—¿Qué pasa, Javi? ¿No tienes hambre? —preguntó el amigo escupiendo un pedazo de pepinillo.

—No sé, creo que voy a pasar... —respondió el joven cuya silla de ruedas se situaba en el pasillo igual que un todoterreno en doble fila a la salida de un colegio.

—Eso ni pensarlo. ¿Sabes el tiempo que llevo detrás de Claudia?

—Ya, bueno, es que todo mi conocimiento sobre bolos se limita a lo que aprendí en *El gran Lebowski*... —dejó caer la patata frita de su mano.

—Oye, le prometí que traería a mi colega y no me vas a dejar por mentiroso. Por cierto, si no vas a terminártelas, ¿puedo comerme tus patatas?

—Claro, Óscar. Todas para ti.

Tras concluir el ágape, el compañero glotón tuvo la deferencia de recoger las bandejas y llevarlas a uno de los empachados contenedores que rezumaban papel, envases y residuos orgánicos indistintamente pese a que en ellos se indicaba lo contrario. Javier, entre tanto, realizaba un eslalon hacia la salida esquivando mobiliario y comensales. Estaba tan acostumbrado a hacerlo que, de considerarse una disciplina paralímpica, bien podría competir por uno de los metales.

Salieron del restaurante y se dirigieron a la bolera. Era el lugar en el que Óscar había quedado con Claudia, que también se procuraría una amiga para esa tarde. Al cruzar por delante del cine, Javier se detuvo a contemplar la cartelera con los estrenos.

—¡Mira, la nueva de Tarantino! Podríamos ir a verla, el cine está adaptado.

—Bueno, si terminamos pronto...

—Quiero decir en lugar de jugar a los bolos.

—No seas plasta, Javi, que quiero impresionarla.

—Vale, vale...

Continuaron por el largo pasillo y se plantaron en la entrada del salón recreativo, todavía sin rastro de Claudia y su amiga.

—Puede que se lo hayan pensado mejor y hayan decidido no venir.

El otro joven ignoró el comentario y siguió oteando alrededor.

No tardaron en aparecer las dos chicas, una de piel ebenácea y la otra lechosa.

—Esta es Beatriz —Claudia presentó a su compañera y esta se abalanzó sobre Óscar para darle dos besos.

–He venido con Javier –dijo haciendo lo propio.

La rubia se quedó dubitativa un instante ante él, como si la altura a la que se encontraba el rostro del muchacho parapléjico le plantease el serio dilema de qué mofletes debía ofrecerle. Claudia, eclipsada por su amiga, la desplazó, se agachó e intercambió el protocolario saludo juvenil con Javier.

–Bien, ¿listos para una tarde de bolos? –preguntó Óscar impaciente.

Los cuatro jóvenes se dirigieron entonces a la taquilla para comprar los tickets. Allí, el cajero que dispensaba calzado señaló a Óscar con el índice y le preguntó:

–¿Número?

–Cuarenta y tres.

–Treinta y ocho –respondió Beatriz.

–Treinta y siete –dijo Claudia.

El hombre frunció el ceño cuando vio a Javier; el joven simplemente empujó la silla de ruedas hacia la zona de juego sin mediar palabra.

Una vez reunidos en la pista, Óscar tomó asiento y empezó a colocarse el calzado; Beatriz se pegó a él cual mosca borriquera y comenzaron una charla animada. Al otro lado, Claudia echaba miradas furtivas a Javier que permanecía un tanto apático.

–Es la primera vez que piso una bolera –dijo Claudia.

–Yo todavía no he puesto los pies en una... No me apetecía venir, en realidad. Pero Óscar insistió tanto que no pude negarme.

Ella puso los ojos en blanco.

–¡Qué me vas a contar! Lleva pidiéndome salir juntos desde que empezamos el curso.

Óscar y Beatriz continuaban enfrascados en su conversación mientras Claudia terminaba de colocarse el calzado.

—¿Te cuento un secreto? —susurró la joven de piel tostada inclinándose hacia Javier—. Acepté venir solo porque mi amiga está coladita por él.

A Javier casi se le escapó la risa en ese instante.

Óscar fue el primero en lanzar, no sin antes sopesar el calibre de las bolas y el desgaste de la pista. Consiguió un pleno con su primer lanzamiento. Beatriz aplaudió enloquecida mientras el chico se jactaba con inmodestia del valioso talento que poseía para tirar aquellos mojones de madera pintados de blanco.

—¿Me ensañarías a jugar? —solicitó melosa la reciente admiradora.

Óscar estuvo encantado de corregir la postura corporal de la muchacha como si midiera a palmos una canal por destazar.

—Si quieres después te ayudo a ti, Claudia.

—No hace falta, gracias, ya he visto cómo se hace...

Llegó el turno de Javier. Recogió una bola sobre sus piernas, avanzó hasta el inicio de la pista en la silla y lanzó sin conseguir tirar ni un solo bolo; en el segundo intento logró derribar cinco.

—Bueno, nada mal para ser la primera vez —exclamó su amigo.

—Sí, lo has hecho muy bien —dijo Beatriz en un tono rezumante de condescendencia que rallaba lo grotesco.

A continuación, le tocó a Claudia. Tras fallar sus lanzamientos, regresó al asiento junto a Javier con un mohín de fastidio.

—Se nos da de puñetera pena, por lo visto. Hubiera preferido ir a ver la última de Tarantino.

–Espera, ¿te gusta el cine de Tarantino? –preguntó Javier sorprendido.

–Pues claro, ¿por qué no habría de gustarme?

–Ya sabes, demasiada violencia, el humor negro...

–¿Estás diciéndome que el humor negro no me pega? –dijo con el rostro serio; ambos rieron después.

Óscar y Beatriz continuaban enfrascados al otro lado de la pista en su particular cortejo.

–Perdona, es solo que no esperaba de alguien como tú ese tipo de humor...

–Ya, bueno, tampoco yo hubiese esperado de alguien como tú ese tipo de prejuicios. Estamos en paz, supongo.

Los jóvenes volvieron a sonreírse y, a partir de aquel momento, la tarde transcurrió con un ánimo muy diferente para ellos, pese a hallarse en un lugar que los dos aborrecían.

Una vez concluyeron la partida, las dos parejas de adolescentes se despidieron en el exterior del centro comercial.

–¿En serio no os quedáis a tomar un helado? –dijo Beatriz con una fingida inconveniencia mientras tomaba a Óscar del brazo.

–Tengo examen el lunes. Pasadlo bien... –se excusó Claudia.

–Sí, yo también tengo que volver a casa –dijo Javier.

Óscar y Beatriz regresaron al interior del edificio mientras Claudia y Javier saborearon unos instantes de silencio cómplice viendo alejarse a sus respectivos amigos.

–Voy hacia el centro –dijo ella.

–Igual que yo.

–¿Andando?

–Rodando, de hecho.

El comentario arrancó una sonrisa a la joven.

–No hay autobuses adaptados que pasen por mi zona.

–Entiendo... ¿Vamos juntos entonces?

Los muchachos se pusieron en marcha.

–Tu amiga Beatriz podría ser actriz, por cierto. Al menos un Óscar ya se ha llevado.

–¿Eres siempre tan idiota?

–Por lo general, sí. Una vez empiezo no tengo freno. Ni freno, ni ABS, ni *airbag*...

La carcajada de Claudia contagió en esta ocasión al propio Javier.

–Esta no es manera de empezar una relación seria, ¿sabes?

–Pues yo creo que marcha sobre ruedas...

El cielo crepuscular echaba el telón sobre las figuras de ambos jóvenes a medida que se alejaban entre risas del centro comercial.

Nadie

Eloy San Miguel Hernández

Es una típica tarde de primeros de septiembre donde el tiempo se congela alargando los calores como prelude de las inclemencias otoñales. Trabajamos frenéticamente para conseguir las últimas provisiones.

Perdonen, no me he presentado. Soy una diminuta hormiga y vivo en Madrid, junto a la Gran Vía, en la confluencia de Alcalá con la calle Sevilla. Justo en los bajos del hotel *Four Seasons*. Está en obras pero da igual porque la gente sigue llegando hasta aquí para figonear o hacerse una foto de recuerdo. Ahora mismo hay una pareja mirando a través del cristal. Pobres, no verán nada de glamour, tan solo obras, polvo y andamios.

Por donde iba... ah, sí.

Aunque soy una simple obrera de la especie *Tetramorium caespitum*, pueden llamarme Nadie, dentro de mi casta sobresalgo por encima del resto. Cuando me miro reflejada en un cristal me siento muy satisfecha de mí misma. Tengo un porte y tamaño excelente, soy proporcionada, fuerte y con unas patas y antenas estilizadas. En fin, con mis dos milímetros soy de lo mejorcito de la especie.

Nuestro trabajo es desconocido pero vital para la ciudad. Recogemos, procesamos y eliminamos toda clase de desperdicios orgánicos, incluidos los restos de kebab que tiran los adolescentes borrachos al amanecer y que tanto molesta a la gente mayor cuando madrugan para comprar el periódico.

Incluso controlamos el comportamiento de los turistas. A

veces no entienden que no se puede hacer todo lo que a uno le venga en gana. Ayer mismo le di un picotazo en la nalga a una sueca que puso sus posaderas en una barandilla y empezó a comer tan ricamente entorpeciendo el tránsito del resto de la gente. A pesar de que ninguno de ustedes se toma la molestia de vernos y mucho menos tenernos en cuenta, como ve, querido lector, nuestro trabajo es imprescindible.

Sí, cuando queremos, somos un poco molestas pero es por el bien de la comunidad y yo soy de lo más efectiva. Para mis conocidos soy la comidilla, un modelo a seguir y la envidia de toda la colonia.

Y en esas estaba, pavoneándome, cuando aquella pareja de tontos turistas pegados al cristal del hotel regularon para hacerse una foto y estuvieron a punto de aplastarme con sus lentas, pesadas y desgastadas pisadas. Un instante antes, su sombra se proyectó sobre el pavimento y tuve el tiempo justo de saltar. Aun así, por una cuestión básica de biología y tamaño, como ustedes comprenderán, no los pude esquivar por completo y me alcanzaron perdiendo dos de mis patas.

Aquello cambió completamente mi vida. Al principio todos fueron buenas palabras, “pobre”, “no te preocupes, te ayudaremos”, “eres la mejor”, “tu sacrificio no es inútil y se verá recompensado”, pero la realidad fue que poco a poco dejaron de llamarme, de hablarme, de tenerme en cuenta.

Descubrí que era una inútil, ignorada, nadie me quería para hacer ninguna labor, nadie me miraba ni quería hablar conmigo. Me fueron relegando de la colonia, me mandaban a patricular los bordillos por ver si recogía alguna migaja o mejor aún, que el baldeo de la calle me hiciera desaparecer.

Mis salidas se hicieron más largas en el tiempo. No conseguía

recoger la cuota que nos asignaban, no me dejaban entrar en las mejores zonas y cada vez tenía que ir más lejos. Subía cojeando lentamente por Alcalá, torcía y rebuscaba inútilmente por la Gran Vía. Siempre se hacía tarde al regresar. Agotada, me fui convirtiendo en una hormiga solitaria, qué ironía. Solitaria y anónima en un lugar desconocido y hostil.

Un día la puerta de la colonia se cerró para mí y no pude entrar más, ni siquiera me dejaban quedarme en sus alrededores. Me echaban en cara que la imagen de mi cojera era molesta y daba mal ejemplo, que no aportaba lo suficiente al hormiguero y gastaba demasiadas provisiones sin dar nada a cambio. Ellos salían perdiendo decían.

A la altura del número 59 de la Gran Vía madrileña, Nadie murió solo bajo la lluvia plomiza que no servía para limpiar la mugre que los transeúntes tiraban pero suficiente para calar los huesos y arrastrar a las alcantarillas los últimos calores del verano.

Los médicos de la ambulancia certificaron su muerte mientras el policía escuchaba decir al portero de la finca contigua que llevaba días poniéndose allí a pedir y pasando la noche.

Después de recoger el cadáver, el único vestigio de Nadie fueron unos cartones sobre la acera y un jersey raído junto a un bocadillo a medio comer. A la mañana siguiente un batallón de relucientes y diminutas hormigas terminarían el trabajo inacabado de los barrenderos.

De minusválidos y otros adjetivos inútiles

Diana Karina Torres Cano

Las palabras son la forma en la cual transmitimos conceptos e ideas en nuestro lenguaje. Con ellas también nos planteamos la difícil tarea de expresar algo tan inasible como los sentimientos y las emociones. Scott Fitzgerald decía que se puede acariciar a la gente con palabras, pero es evidente que con ellas también se puede lograr el efecto contrario. Un buen ejemplo sería el empleo de determinados vocablos para definir a un ser humano con ciertas limitaciones, los cuales pueden resultar bastante peyorativos, sobre todo aquellos que debido a su raíz etimológica, transmiten un mensaje concreto cargado de connotaciones negativas.

Minusvalía

Del lat. *minus* ‘menos’ y *valía*.

1. *f.* Discapacidad física o mental de alguien por lesión congénita o adquirida.

Valer menos... ¿A quién se le pudo ocurrir inventar un adjetivo tan denigrante como inútil o minusválido? ¿Y en qué contexto y bajo qué circunstancias se hizo necesario? Era obvio – pensaba Alma– que quien había unido la palabra “*menos*” con “*valía*” para referirse a otra persona, estaba muy lejos de considerarse a sí mismo como minusválido, y muy por el contrario, se consideraba como un ser valioso que merecía consideración o aprecio por su calidad como ser humano, y que, por ende, podía a su vez decidir quién tiene valía y quién no. Gustave Le

Bon decía: *“La abundancia de palabras inútiles es un síntoma cierto de inferioridad mental”*.

–*“Para quedar inútil mejor haberse muerto, ¿verdad?”*, me decían apenas me veían.

–¿Y usted qué les decía?

–Nada, qué podía decir si al principio yo también había pensado lo mismo.

Cada noche Alma se acostaba con la misma sensación de desamparo. Apagar las luces, poner la cabeza en la almohada y dormirse resultaba fácil; no obstante, permanecer dormida toda la noche era como intentar sumergirse en aguas inexploradas. Ella se introducía y se mojaba de golpe, pero a medida que avanzaba se daba cuenta de que por más que se adentraba no contaba con la profundidad necesaria para sumergirse por completo, de que por más que avanzaba el agua no pasaba de las rodillas; quedando así expuesta a cualquier evento acaecido en la orilla, como el menor ronquido de su marido, el sutil aleteo de un murciélago en la calle, o hasta su propia respiración agitada en medio de un sueño que se acababa demasiado pronto. La auténtica pesadilla comenzaba al despertarse, y es que desde aquel aciago instante quedaba condenada a vagar y deambular por los laberintos de su mente, sin hallar el camino de vuelta al tan anhelado reposo de sus pensamientos.

Pensar en su madre era lo más recurrente en esos momentos, y aquellos recuerdos en forma de instantáneas paralizadas en el tiempo no sólo se remontaban a su primera infancia, sino también a su etapa de estudios universitarios y durante su primer empleo viviendo todavía en la casa paterna. Prevalecía sobre todo la imagen de su madre a modo de atleta, entrenándose de forma continua para participar en unas olimpiadas sin fecha ni hora. La espalda ligeramente ancha como de nadadora y los brazos en perfecto estado de tonificación eran las características corporales que destacaban del permanente ejercicio. A veces Alma miraba la silueta de mujeres mayores y detallaba la piel que les colgaba como gelatina en los brazos a la mayoría de ellas, y pensaba que su madre nunca tendría esos problemas de flacidez, aunque aquella constatación no le resultaba nada agradable, por el contrario, le producía como una especie de punzada en el pecho.

Durante aquellas madrugadas, Alma podía recomponer paso por paso la puesta en escena por parte de su madre. Habían sido años y años de ver cada día lo mismo sin inmutarse, con los brazos cruzados y la conciencia tranquila. La veía de espaldas, con la cabeza y tronco ligeramente inclinados hacia adelante; primero subía el codo derecho y con la mano se sujetaba al tubo, de inmediato el brazo izquierdo pasaba al otro tubo, tensión en bíceps y tríceps para elevarse con fuerza entre las dos barras paralelas; una vez arriba, maniobra rápida y acodarse con fuerza sobre la encimera de la cocina, luego extendía un brazo para abrir el grifo y coger un cuchillo, lavaba las patatas que –antes de la elevación– había colocado estratégicamente al lado de la pica, y a continuación las pelaba, las troceaba y las introducía en la olla cubriéndolas de agua. La maniobra requería ejercer presión con los antebrazos sobre la encimera para no

desequilibrarse mientras las manos se movían buscando la sal, la pimienta, la cuchara, en ese ir y venir de utensilios de cocina e ingredientes, trayendo o poniendo de vuelta a cada cosa en su lugar. De nuevo se apoyaba en un brazo, y con la mano libre buscaba el paño ubicado en el asa de la puerta del horno, y acodándose se secaba las manos. Después, con la mano derecha se sujetaba a la barra reposabrazos de la silla, seguida de la izquierda al otro reposabrazos, y elevada grácilmente entre las dos barras paralelas, subía ambos muñones mientras descendía las caderas con un movimiento rápido sobre el asiento. Una vez sentada, quitaba los frenos y hacía girar las ruedas para ir a buscar el encendedor y poner el fuego en la hornilla, alzaba las manos y desplazaba la olla para cocer las patatas. Se dirigía a la nevera, sacaba el pollo semicongelado, se lo ponía sobre las piernas —elevándolas para que al rodar la silla no se le cayera nada— y se plantaba otra vez frente a la pica dejando el pollo sobre la encimera para repetir el proceso. Cabeza y tronco ligeramente inclinados hacia adelante, subir el codo derecho y con la mano sujetarse al tubo, de inmediato el brazo izquierdo al otro tubo, tensión en bíceps y tríceps para elevarse con fuerza entre las dos barras paralelas; maniobra rápida, un muñón en la base del asiento, y seguidamente acodarse sobre la encimera de la cocina, extender el brazo derecho para coger un cuchillo y empezar a trocear muslos, alas y pechuga, haciendo un esfuerzo extra para no volcarse mientras lucha con las zonas congeladas de la carne y los huesos que ofrecen resistencia a la hoja afilada del cuchillo y, por ende, sus codos húmedos sobre el acero del lavaplatos se deslizan haciéndola tambalear sobre la silla que aún y con los frenos puestos, se mueve por el forcejeo hecho allí arriba.

Mamá levantándose temprano para preparar el desayuno, mamá fregando los platos, mamá barriendo, fregando y limpiando, mamá cocinando para familiares y amigos, mamá dejando de comer para darle a los demás, mamá rezando, mamá haciendo donaciones, mamá yendo a trabajar a la oficina, mamá cuidando de ella y de su hermano.

¿Cómo era posible que durante las madrugadas reviviera este proceso que se desarrolló frente a sus ojos y que ella miró sin verlo realmente, o peor aún, viéndolo, pero sin llegar a desentrañar su verdadera magnitud? ¿Y de qué valía torturarse tantos años después por esa crueldad que había ido cometiendo día tras día, consecuencia de la ignorancia y la inconsciencia? Rememorar todo aquel aparataje sabiendo que hubiera podido hacer mucho más la consumía por dentro. Todo resultaba inútil, no se podía hacer nada para cambiarlo, y con desvelarse y torturarse no iba a remediarlo. Lo peor es que aquello no era la verdadera razón de sus desvelos, en realidad sólo era una arista de una figura poliédrica mucha más enrevesada, una cara de las otras tantas que configuraban sus desvelos. Sí, la vida era un sueño en el cual muchos vivían sin vivir de verdad, y Alma la primera; todo lo contrario a su madre, que paradójicamente lo que había hecho durante toda su vida había sido demostrar su grandeza en las pequeñas cosas que todos damos por hechas y que en realidad conforman el verdadero milagro de la vida: respirar, reír, caminar, escuchar y tratar de ser *útil* a los demás.

Si bien es cierto que su madre no tenía piernas, eso no le daba derecho a nadie para calificarla, denominarla o encasillarla como minusválida o *inútil*.

Inútil

1. adj. Dicho de una persona: Que no produce provecho, servicio o beneficio.

Índice

Volando alto. M. ^a Carmen González López	11
El Alma Callada. José Matías Argumánnez Nieto	21
Talentos lejanos. Nuria García González	31
El nuevo. Lourdes Asó Torralba	39
Esta abismal herida. Luis García Pérez	45
La cabeza de burro. Jesús Jiménez Reinaldo	51
Neus. José Antonio Lozano Rodríguez	57
Y nada más. Juan Alberto Puyana Domínguez	63
El equilibrio. Ana Belén Martínez González	69
La rampa. Miguel Ángel Moreno Cañizares	73
Mi amigo Agua. Joaquín Pereira Gouveia	77
Un plus de calidad. María Ángeles Herrero Gil de Muro	81
El viaje de Lluna. Javier Terrón González	89
Cortinas. Pablo Catalá Vilanova	97
Pescado. Luis María Henares Cebrián	103
Una tarde de película (sin cine). Germinal García Ramírez	109
Nadie. Eloy San Miguel Hernández	115
De minusválidos y otros adjetivos inútiles. Diana Karina Torres Cano	119

El Ayuntamiento de Logroño en colaboración con el CERMI La Rioja, ha querido promocionar iniciativas artísticas en materia de discapacidad y a su vez sensibilizar, concienciar y educar a los ciudadanos acerca del potencial del colectivo, basado en una imagen positiva de este, en el intento de eliminar las barreras ideológicas que la sociedad impone a las personas con discapacidad en el desarrollo de sus vidas. De ahí la pretensión de realizar en el año 2020, la II edición del Certamen de relatos "Cuenta con la discapacidad", donde los participantes han plasmado el empoderamiento, las metas, los desafíos, los prejuicios, los estigmas, la inclusión social y las capacidades del colectivo.

En este libro se recogen los tres relatos premiados y los quince mejor valorados por el jurado de este certamen, de un total de ciento sesenta y ocho obras recibidas.

siníndice
EDITORIAL

ISBN: 978-84-17235-88-8



9 788417 235888